

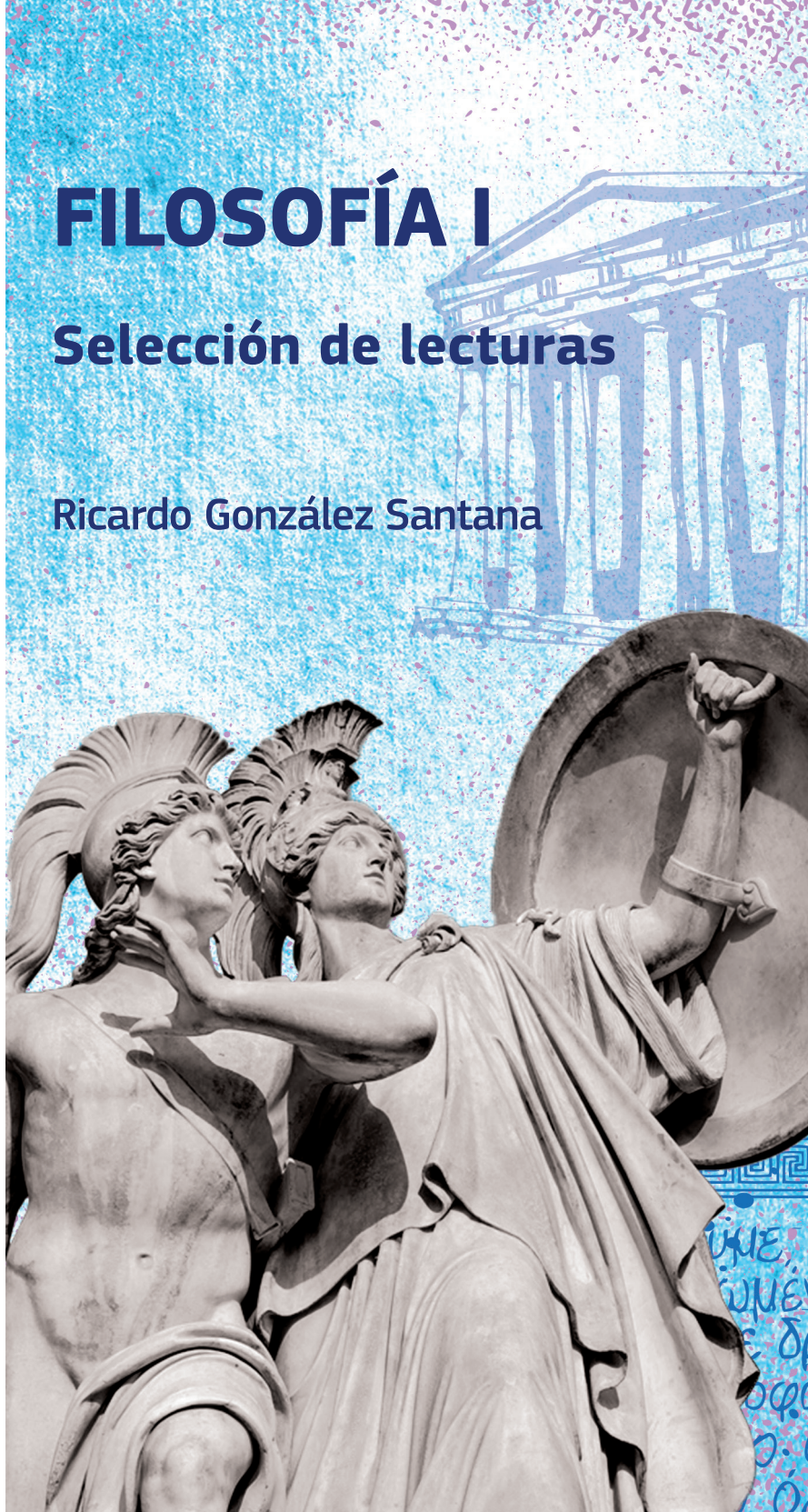


FILOSOFÍA I

Selección de lecturas

Ricardo González Santana

ANTOLOGÍA



ANTOLOGÍA DIDÁCTICA
FILOSOFÍA I

Selección de lecturas

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES



FILOSOFÍA I

Selección de lecturas

ANTOLOGÍA

Ricardo González Santana

**Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas
y Servicios Digitales de Información**

Aviso legal

Antología. Filosofía I. Selección de lecturas

Esta edición de un ejemplar tuvo un peso de 3.4 MB, fue preparado por el Departamento Editorial del Colegio de Ciencias y Humanidades.

Primera edición: diciembre de 2023

D.R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México.
Escuela Nacional Colegio de Ciencias y Humanidades
Insurgentes Sur y Circuito Escolar, Ciudad Universitaria, México, C.P. 04510,
Ciudad de México.
www.cch.unam.mx

© Ricardo González Santana

Diseño de la Colección: D.R. © Mario Palomera Torres
Diseño y formación de interiores: D.R. © Xanat Morales Gutiérrez

ISBN: 978-607-30-8459-8

ISBN de la Colección: 978-607-30-5239-9

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / Made in Mexico

ÁREA HISTÓRICO-SOCIAL

Índice

Presentación	11
Justificación de los textos seleccionados	13
Actividades de aprendizaje	17
I. La filosofía y su origen	19
1. W.K.C Guthrie. Los comienzos de la filosofía en Grecia	21
2. Tales de Mileto. Fragmentos	45
3. Platón. <i>Teeteto</i> . Sobre Tales de Mileto y el inicio de la filosofía	52
4. Aristóteles. <i>Metafísica</i> , Libro I, Capítulo 3 Sobre Tales de Mileto y el inicio de la filosofía	62
5. Diógenes Laercio. <i>Vidas y opiniones de los filósofos ilustres</i> . Sobre Tales de Mileto	69

II. La filosofía y su relación con el ser humano	81
6. Aristóteles. Protréptico. Una exhortación a la filosofía	83
7. Epicuro. Epístola de Epicuro a Meneceo	97
8. Séneca. <i>Carta XC</i> . Elogio de la filosofía	106
9. Epicteto. <i>Enquiridión</i>	121
10. Jámblico. <i>Exhortación a la filosofía</i>	133

Presentación

La antología: *La filosofía y su relación con el ser humano* es una selección de textos que, idealmente, se ofrece como un apoyo a los docentes del Colegio de Ciencias y Humanidades. La antología corresponde con la Primera Unidad del Programa de Filosofía I. Recordemos que el curso de Filosofía I en el Colegio tiene un carácter introductorio; pero no por ello debe carecer de profundidad ni debe evitar usarse las fuentes primarias de la filosofía. La lectura de los textos seleccionados brinda una oportunidad para fortalecer la cultura básica pero, a su vez, filosófica del estudiante.

Esta antología es una invitación a la lectura de las fuentes clásicas y directas de la filosofía occidental. La lectura de los clásicos permite acercar a los estudiantes a las fuentes primarias de la filosofía. Aquí debemos recordar que uno de los puntos primarios de la cultura básica que todo cecehachero necesita adquirir es el conocimiento derivado de la lectura directa de los autores que han enriquecido la sabiduría universal.

De la estructura de la presente antología debo señalar que cada uno de los textos seleccionados tiene su presentación y están organizados temáticamente de acuerdo con el programa

de Filosofía I del Colegio. Los textos están ordenados cronológicamente, excepto los dos primeros, que son introductorios y fueron escritos en el siglo XX por historiadores de la filosofía ampliamente reconocidos. A continuación, se encontrará el texto original, a veces íntegro, pero también algunos de ellos en fragmentos, según las necesidades de la selección.

Finalmente, se proponen algunas actividades de aprendizaje que pueden ser utilizadas en cada uno de los textos. Las actividades son generales, pero pueden muy bien ser enriquecidas por la experiencia y el conocimiento de los docentes.

Ricardo González Santana

Justificación de los textos seleccionados

La antología: *La filosofía y su relación con el ser humano* tiene dos secciones que se complementan y se integran como una única unidad. La parte “La filosofía y su origen” contiene seis textos fundacionales de autores clásicos como son los fragmentos de Tales de Mileto, Platón, Aristóteles y Diógenes Laercio. Las dos lecturas iniciales de esta primera parte corresponden, a su vez, con dos conocidos estudios sobre el origen de la filosofía, cuyos autores son, por un lado, W. K. C. Guthrie y, por otro lado, G. S. Kirk, J. E. Raven, M. Schofield.

La parte inaugural corresponde con la figura de Tales de Mileto, considerado como parteaguas del pensamiento en Occidente, al ser estimado como el primer filósofo en la historia. Es así como los seis textos de esta sección giran en torno al pensamiento y filosofía del milesio. En primer lugar, aparecen los dos estudios eruditos mencionados anteriormente porque sirven de introducción necesaria para el análisis del nacimiento de la filosofía. También incluimos los fragmentos

de Tales para que el estudiante revise, con detenimiento, la manera en que floreció el pensamiento filosófico. Los tres textos restantes son una ampliación de la filosofía de Tales de acuerdo con pensadores como Platón, Aristóteles y Diógenes.

La idea central de esta primera sección es analizar, en la figura de Tales, la función que ha cumplido la filosofía en la historia occidental de las ideas. Por medio de la lectura de estos textos, el estudiante podrá examinar las características fundamentales de la filosofía y el aspecto vital de la investigación filosófica. Esta sección presenta una unidad temática, pero también metodológica con el fin de que el estudiante reconozca, plenamente, qué es y a qué se dedica la filosofía considerada como una de las fuentes primordiales de conocimiento. Pero no sólo eso, también queda expuesto el trabajo cotidiano que realiza la filósofa o el filósofo y su impacto inmediato en la sociedad.

La parte “La filosofía y su relación con el ser humano” complementa la sección anterior, dado que amplifica las ideas de la primera sección. Si bien antes se había hablado de la figura de Tales, también queda suficientemente claro, con el trabajo del milesio, el impacto que tiene la filosofía en la vida de los seres humanos. Así, en esta sección se presentan cinco textos que tienen todo en común y pueden transmitir una idea clara de la relación que tiene la filosofía con la vida cotidiana de los seres humanos.

Los textos de la segunda sección tienen en común que exhortan a la vida contemplativa y filosófica. Por medio de la

lectura de los pasajes de Aristóteles, Epicuro, Séneca, Epicuro y Jámblico, nos convencemos de que la filosofía debe ser parte de la vida de todos los seres humanos. La invitación a dedicarse a la filosofía no es gratuita porque debe conducir, necesariamente, al bien y a la felicidad.

Finalmente, esta antología tiene como uno de sus propósitos fundamentales acercar a los estudiantes a los textos originales. Pero no sólo eso, también es uno de sus objetivos que los lectores se convenzan de que la actividad filosófica es necesaria para la vida cotidiana.

Actividades de aprendizaje

En general, las siguientes estrategias pueden ser utilizadas en cada uno de los textos, son sugerencias y pueden ser complementadas por cada docente que utilice la antología.

1. Lectura completa de cada uno de los textos. Esta lectura puede realizarse entre todo el grupo, por equipos, individual o pueden combinarse las anteriores.
2. Investigación sobre la vida y el contexto histórico del autor del texto.
3. Exposición, en equipos, de la vida del autor, del contexto del autor y, finalmente, del texto. En este último caso, puede dividirse el pasaje en varios grupos.
4. Discusión del texto en equipos y, posteriormente, en plenaria.
5. Trabajo por escrito y en equipos en el que se incluyan, al menos, los siguientes elementos:

- a) Resumen.
 - b) Relación del texto con la vida cotidiana y con la actualidad.
 - c) Contestar la pregunta: ¿Qué afinidad encuentro entre algunas ideas del texto con mi forma de pensar y de ser?
 - d) Conclusiones a partir de la lectura y discusión del texto.
6. Ilustración de la idea principal del texto: puede ser un collage, un dibujo, un comic, una cita textual con un gráfico, etc.
7. Reflexión personal del estudiante, con base en el trabajo realizado, que contenga su postura y pensamientos sobre alguno de los temas discutidos en el texto.

I. LA FILOSOFÍA Y SU ORIGEN

1. W.K.C Guthrie

Los comienzos de la filosofía en Grecia

El historiador y filólogo de la filosofía clásica griega W. K. C. Guthrie (Londres, 1906-Cambridge, 1981) explora, a través de este texto introductorio, algunas de las ideas que se forjaron, a mediados del siglo XX, sobre el origen de la filosofía occidental. Alumno de Francis Cornford en Cambridge, Guthrie presenta una lectura de los clásicos presocráticos conforme con el desarrollo que ya se había planteado en historiadores del siglo XIX como Wilamowitz, Hermann Diels o Eduard Zeller.

Básicamente, la tesis que sostiene Guthrie en el texto que presentamos a continuación es que la filosofía griega nace a partir de la separación del pensamiento religioso de la especulación racional filosófica. La propuesta no es nueva ni exclusiva del desarrollo que hicieron los mencionados filólogos del siglo XIX, como dije anteriormente. Esa tesis fue desarrollada por Aristóteles, ya en el viejo siglo IV a. C.

En efecto, en el texto que también se presenta en esta antología, a saber, *Metafísica*, “Libro I. Capítulo 3”, Aristóteles, primer historiador de la filosofía occidental, sostiene la idea de que la filosofía surge porque se separa del mito y de la explicación religiosa. En todo caso, el texto de Guthrie desarrolla, de manera ejemplar, la tesis aceptada por casi todos los círculos académicos

Texto:

Guthrie, W. K. C. (2004). *Historia de la filosofía griega I. Los primeros presocráticos y los pitagóricos*. Madrid: Gredos, (pp. 39-48).

1. Los comienzos de la filosofía en Grecia

El nacimiento de la filosofía en Europa consistió, por tanto, en el abandono, a nivel de pensamiento consciente, de soluciones mitológicas para los problemas que atañen al origen y a la naturaleza del universo y a los procesos que continuaron desarrollándose en él. La fe religiosa fue sustituida por la fe que era y sigue siendo la base del pensamiento científico con todos sus triunfos y todas sus limitaciones, es decir, la fe en que el mundo visible esconde un orden racional e inteligible, en que las causas del mundo natural tienen que buscarse dentro de sus propios límites y en que la razón humana autónoma es nuestro único y suficiente instrumento para la investigación. La cuestión que vamos a plantearnos a continuación se refiere

a quiénes fueron los autores de esta revolución intelectual, a las condiciones en que vivieron, y a los influjos a que estuvieron abiertos.

Sus primeros exponentes, Tales, Anaximandro y Anaxímenes fueron ciudadanos de Mileto, una ciudad griega jonia, en la costa occidental de Asia Menor; ejercieron su actividad desde principios del siglo VI. En su época, Mileto, cuya existencia se remontaba ya a unos quinientos años, era un centro que irradiaba una asombrosa energía. La tradición antigua la proclamaba una metrópoli de por lo menos noventa colonias y la investigación moderna confirma la existencia de cuarenta y cinco de ellas —un número asombroso en sí mismo. Una de las más antiguas era el emplazamiento comercial de Náucratis en Egipto, fundado a mediados del siglo VII. Mileto poseía una gran riqueza, que había obtenido actuando como un centro comercial de materias primas y bienes manufacturados, que llegaban a la costa procedentes del interior de Anatolia, y mediante la exportación de una variada gama de productos manufacturados propios. Los tejidos de lana milesios fueron famosos en toda Grecia. De este modo, el transporte de mercancías por mar, el comercio y la industria contribuyeron a dar a esta activa ciudad portuaria una posición destacada y amplias conexiones, que se extendían hasta el Mar Negro por el Norte, Mesopotamia por el Este, Egipto por el Sur y las ciudades griegas del sur de Italia por el Oeste. Su sistema de gobierno era aristocrático y sus ciudadanos principales vivían rodeados de lujo e inmersos en una cultura que puede

ser considerada de tendencia humanística y materialista. Su alto nivel de vida era tan evidentemente el producto de la energía, la inventiva y la iniciativa humanas como para no reconocer a los dioses deuda importante alguna. La poesía del jonio Mimnermo es una expresión apropiada de este espíritu ya a finales del siglo VII. Según él, si había dioses, debían de tener cosas más importantes en qué pensar, que turbar sus cabezas con los asuntos humanos. «De los dioses no sabemos nada bueno ni nada malo.» El poeta miraba a su interior, a la vida humana misma. Ensalzaba el disfrute de los placeres del momento y celebraba la recogida de rosas en floración, lamentando el paso efímero de la juventud, y las miserias y debilidades de la vejez. El filósofo de aquella misma época y sociedad miraba hacia afuera, al mundo de la naturaleza, y hacía que su inteligencia humana luchase contra sus secretos. Ambos son productos comprensibles de la misma cultura material, del mismo espíritu secular. Ambos, de acuerdo con su carácter peculiar, relegan a los dioses a un segundo plano, y las explicaciones del origen y la naturaleza del mundo como obra de divinidades antropomórficas no les parecen más apropiadas que la noción de una providencia divina rigiendo los asuntos humanos. Por otra parte, una vez llegado el momento de abandonar las formas de pensamiento mitológicas y teológicas, su desarrollo se vio facilitado por el hecho de que, ni aquí, ni en ninguna otra ciudad-estado griega, las exigencias de una forma de sociedad teocrática impedían la libertad de pensamiento, como sucedía en los países orientales vecinos.

El ámbito en que vivieron los filósofos milesios les procuró, simultáneamente, el ocio y estímulo para la investigación intelectual desinteresada, y la expresión de Aristóteles y Platón, de que la fuente y el origen de la filosofía es el asombro o curiosidad, halla aquí su justificación. La tradición nos los presenta como hombres prácticos, al mismo tiempo activos en la vida política e interesados en el progreso técnico; pero fue la curiosidad, y no el pensamiento de domar las fuerzas de la naturaleza con la finalidad de conseguir el bienestar o la destrucción humanos, lo que los impulsó a intentar por primera vez una simplificación grandiosa de los fenómenos naturales, lo cual constituye su principal título de gloria. En la aplicación de técnicas diversas para mejorar la vida humana, los egipcios de hacía mil años probablemente les dieran a estos griegos algunas lecciones útiles. La antorcha de la filosofía, a pesar de ello, no podía lucir en Egipto, porque carecían de la chispa necesaria, de ese amor por la verdad y el conocimiento en sí que los griegos poseían con tanta fuerza y que encarnaron en su propia palabra *philosophia*. Sólo motivos utilitarios pueden estorbar a la filosofía (incluyendo a la ciencia pura), puesto que exige un mayor grado de abstracción del mundo de la experiencia inmediata, una más amplia generalización y un movimiento más libre de la razón en la esfera de los conceptos puros, de lo que la sumisión a finalidades prácticas puede permitir. Que los objetivos prácticos pueden mantenerse a la larga, aun dando rienda suelta a los vuelos de la especulación científica pura, es verdad, pero carece de rele-

vancia. La filosofía no nació de una exigencia de necesidades o conveniencias de la vida humana. La satisfacción de esas exigencias fue más bien un requisito previo de su existencia. Podemos estar de acuerdo con Aristóteles, quien, después de apuntar que la filosofía tiene su origen en el asombro, añade: «La historia apoya esta conclusión, porque fue después de la provisión de las necesidades fundamentales, no sólo para la vida, sino para una vida cómoda, cuando surgió la búsqueda de esta satisfacción intelectual.» Y también podemos estar de acuerdo en esta cuestión con Hobbes, que dijo poco más o menos lo mismo: «El ocio es la madre de la Filosofía, y el Bienestar común la madre de la Paz y del Ocio: allí donde se dieron por vez primera Ciudades grandes y florecientes surgió también por vez primera el estudio de la Filosofía».

Un vistazo a la situación geográfica de Mileto y a sus relaciones con las potencias vecinas será importante, también, para nuestro tema. Situada en la franja este de los pueblos de habla griega, tenía a sus espaldas el muy diferente mundo del Este. En efecto, como ha destacado un moderno historiador de la antigua Persia, su ubicación y actividades la situaron «en medio de la corriente del pensamiento oriental»^{1*}. Esto es algo que, por lo general, siempre se ha venido reconociendo, pero las conclusiones expresadas con respecto a la dimensión real del influjo oriental sobre los filósofos griegos más primitivos muestran considerables discrepancias y, en ocasiones, se han

¹ * A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, pág. 208.

limitado a ser meras conjeturas basadas sobre el prejuicio antes que sobre el conocimiento. Era difícil para algunos *filohelenos* del siglo XIX admitir la menor merma de la originalidad pura del pensamiento griego. Cuando la inevitable reacción surgió, fue igualmente difícil para algunos —que sentían que la adulación de todo lo griego había llegado a límites insospechados— conceder a los griegos el menor atisbo de originalidad. De cualquier forma, no hace mucho tiempo que el desciframiento, aún no concluido, de muchos miles de tablillas de barro proporcionó materiales valiosísimos para una cabal apreciación de la ciencia y de la filosofía del antiguo Oriente próximo y, consecuentemente, para una valoración equilibrada de lo que podrían haber enseñado a los griegos.

Al abordar antes que nada la cuestión de los contactos y de la posibilidad de un intercambio de ideas, tenemos que recordar que casi toda Jonia estaba bajo el dominio de Lidia en tiempos de su rey Aliates, el cual había conquistado Esmirna, y entabló combate con los milesios e hizo un tratado con ellos. Aliates gobernó desde alrededor del 610 hasta el 560, un periodo que cubre casi toda la vida de Tales. Su hijo Creso completó la conquista de la franja costera jonia y, tras su derrota a manos de Ciro, en el año 546, ésta se convirtió en parte del Imperio persa. Estos monarcas, sin embargo, parece que se sintieron inclinados a respetar el poder y la reputación de Mileto, que conservó, dentro de sus dominios, una posición de privilegio e independencia y continuó viviendo su propia vida sin mayores interferencias. Evidentemente, por este lado,

que puede ser considerado pasivo, los milesios, al igual que todos los jonios, tuvieron una multitud de oportunidades de entrar en contacto directo con el pensamiento oriental. Considerando el lado activo, es evidente que estos griegos emprendedores viajaron por tierra a Mesopotamia y por mar a Egipto, y todos los testimonios prueban que los primeros filósofos no fueron unos reclusos, que se aislaron de este fermento de su tiempo, sino hombres dinámicos y prácticos, de los cuales Tales, al menos, viajó a Egipto.

Nosotros somos proclives a pensar que los estados de Egipto y Mesopotamia fueron, durante el periodo de esplendor de sus civilizaciones, lugares donde la libertad de pensamiento estaba obstaculizada por las exigencias de una religión que ejercía el peso de una losa sobre cada rama de la vida y se utilizaba en interés de un gobierno central despótico en el que el rey era la encarnación de la divinidad, de Ra o Marduk, y la clase sacerdotal que lo circundaba se preocupaba de que su autoridad no disminuyera por incursión alguna de pensamiento libre. Esto es la pura verdad, y uno de los méritos más impresionantes de los griegos consiste en su intolerancia ante dichos sistemas. Sin embargo, estos abrumadores imperios teocráticos no estaban carentes, en modo alguno, de logros intelectuales. En este sentido se expresa un historiador de la ciencia:

Negar el título de hombres de ciencia a esos ingeniosos artífices que crearon la técnica de la multiplicación y la división, que sólo erraron en una pulgada en las líneas de la base de 755

3/4 pies de la Gran Pirámide, que descubrieron cómo señalar el paso de las estaciones, tomando como unidad el lapso de tiempo entre dos salidas heliacales de la estrella Sirio, sería limitar el significado del término más allá de lo que, en esta época industrial, consentiríamos en hacer.*

Para predecir un eclipse, como se le atribuyó que había hecho, Tales tuvo, sin duda, que servirse de la ciencia babilónica. Se trataba, en última instancia, de las civilizaciones humanas más primitivas y tenían en su haber las técnicas fundamentales de la domesticación de animales, la agricultura, la cerámica, la fabricación de ladrillos, el arte del hilado, del tejido y de la metalurgia. Los egipcios y los sumerios fabricaron el bronce, más útil, mediante una aleación de cobre y estaño y, en la fabricación de sus famosos productos textiles, las ciudades jonias como Mileto copiaron la técnica asiática, que era superior a la griega.

La deuda de los matemáticos griegos con Egipto y Babilonia era algo que los mismos griegos reconocían. Heródoto escribe que, en su opinión, la geometría se inventó en Egipto y fue llevada desde allí a Grecia, y que los griegos aprendieron de los babilonios la división del día en doce partes y el uso del *polos* y el *gnômôn*, que eran instrumentos (o probablemente, el mismo instrumento con nombres distintos) para marcar la hora y las dos fechas astronómicas fundamentales del año,

² * W. P. D. Wightman, *The Growth of Scientific Ideas*, pág. 4.

como el solsticio y el equinoccio. Aristóteles formula la afirmación general de que las artes matemáticas se inventaron en Egipto. Los documentos cuneiformes leídos hasta ahora indican que, si los egipcios fueron los primeros en geometría, los babilonios llegaron a ser incluso más avanzados en aritmética. En el campo de la astronomía, las técnicas aritméticas se usaron por los babilonios para predecir los fenómenos celestes con un notable grado de precisión, y estas técnicas se desarrollaron alrededor del año 1500 a. C. Efectivamente, investigaciones recientes nos indican que, contrariamente a lo que se venía creyendo, la astronomía babilónica se basaba en el cálculo matemático antes que en la observación, lo cual la pone incluso en relación más estrecha con la mentalidad de Grecia, tal y como, al menos, la representa Platón. En relación con otras ramas del conocimiento, los documentos papiráceos de Egipto, que se remontan al año 200 a. C., evidencian que las artes de la medicina y la cirugía habían experimentado ya considerables progresos.

Todo este arsenal de ciencia y técnica estaba aguardando, por así decirlo, en el umbral de los griegos, de modo que considerarlos los primeros científicos equivaldría —en eso estamos de acuerdo— a aplicar un significado restrictivo imposible al término. Ahora bien, si ellos no crearon la ciencia, se suele estar de acuerdo, y con razón, en que la elevaron a un plano completamente diferente. Lo que sin ellos se habría estancado, ingenuamente, en un cierto nivel elemental logró, en sus manos, desarrollos imprevistos y espectaculares, que no

se encaminaron en dirección a la mejor realización de fines prácticos. No fomentaron, salvo de un modo accidental, el ideal de Bacon; «dotar la vida del hombre de infinitas comodidades». Es probable, sin duda, aunque en el pasado se ha negado sin mucha base, que los filósofos jonios se sintieran vivamente interesados por los problemas técnicos, pero no fue precisamente en esta esfera donde se sintieron más inclinados a ser discípulos entusiastas de los pueblos vecinos. La peculiaridad de su logro específico va mucho más allá. Nosotros llegaremos a vislumbrarlo, si consideramos que, a pesar de que la filosofía y la ciencia son inseparables, mientras hablamos de ciencia egipcia y babilónica, es más natural, sin embargo, hacer referencia a la filosofía de los griegos. ¿A qué se debe esto?

Los pueblos egipcios y mesopotámicos, dentro de lo que estamos informados, no tuvieron interés por la ciencia en sí misma, sino sólo en la medida en que sirviera a una finalidad práctica. Según Heródoto, el sistema de impuestos se basaba en Egipto en el tamaño de las parcelas rectangulares de tierra en que estaba dividido el país, bajo un sistema de propiedad privada. Si una parcela veía reducida su área por la invasión del río Nilo, el propietario podía presentar una reclamación y se enviaba a los inspectores reales a medir la reducción, a fin de que el impuesto se pudiese modificar convenientemente. Al conceder a los egipcios el mérito de ser los primeros geómetras, Heródoto afirma que, en su opinión, fueron estos problemas los que estimularon el desarrollo de la geometría. Aristóteles, es cierto, atribuye los logros que consiguieron los egipcios

en el campo de las matemáticas al hecho de que los sacerdotes gozaban de ocio para fines intelectuales, argumentando que el conocimiento teórico («las ciencias que no tienen por finalidad ni la provisión de placer ni de lo necesario») nace, exclusivamente, después de que las necesidades prácticas de la vida están satisfechas. «De este modo, este conocimiento surgió por vez primera en aquellas regiones en las que los hombres tenían ocio. Ésta es la razón por la cual las artes matemáticas surgieron por primera vez en Egipto, pues allí la casta sacerdotal podía disfrutar de ocio.» Heródoto escribe también, en alguna otra parte, sobre las prebendas y privilegios inherentes a la condición sacerdotal, originados por las grandes extensiones de tierra que poseían los templos. Si un sacerdote era escriba, estaba exento de cualquier otra clase de trabajo. Es evidente, sin embargo, que Aristóteles nos presenta una de sus peculiares teorías favoritas, que él recalca en otras muchas ocasiones, mientras que la explicación de Heródoto de las limitaciones prácticas de la geometría egipcia continúa siendo la más probable. Al sostener que la actividad intelectual desinteresada es un producto del ocio, es evidente que Aristóteles tiene razón. Su error reside en transferir a la geometría en Egipto el carácter y la finalidad que poseyó en la Atenas del siglo IV, donde formaba parte de una educación liberal y era tema, por tanto, de la investigación pura. En Egipto era el instrumento para medir la tierra o construir las pirámides.

En Babilonia el comportamiento en la vida práctica se regía, en gran medida, por consideraciones religiosas y la religión

era exclusivamente astral. En este sentido, la astronomía era un estudio práctico, su valor radicaba en la explicación que ofrecía a los hombres cultos del comportamiento de los dioses astrales. Las observaciones y cálculos que extraía eran amplios y cuidados, pero vinculados al servicio de la religión establecida. La filosofía griega fue, por el contrario, en sus comienzos, al menos en lo que se refería a los dioses tradicionales, agnóstica o positivamente hostil.

Estos pueblos, pues, vecinos y, en algunas cosas, maestros de los griegos, se contentaron con desarrollar, mediante ensayos y errores, una técnica que surtía efecto. Ellos siguieron usándola y no sintieron interés por plantearse la cuestión de por qué surtía efecto, sin duda, porque el ámbito de las causas continuaba gobernado por el dogma religioso, en lugar de abrirse al libre debate de la razón. En esto reside la diferencia fundamental entre ellos y los griegos. El griego preguntó «¿Por qué?», y este interés por las causas le indujo inmediatamente a otra pregunta: una pregunta sobre la generalización. El egipcio sabe que el fuego es un instrumento útil. Con él fabricará sus ladrillos duros y resistentes, calentará su casa, convertirá la arena en vidrio, templará el acero y extraerá los metales de su mena. Con él lleva a cabo estas cosas, y le basta con gozar del resultado en cada caso. Pero si, como los griegos, uno se pregunta por qué la misma cosa, el fuego, hace todas estas cosas diferentes, ya no puede seguir pensando por separado en el fuego que brillaba en el horno de cocer ladrillos, en el fuego que hay en el hogar y en el del

taller del herrero, sino que comienza a preguntarse cuál es la naturaleza del fuego en general: ¿cuáles son sus propiedades como fuego? Este avance hacia generalizaciones superiores constituye la esencia del nuevo paso dado por los griegos. Los métodos de los babilonios tienen un carácter algebraico y muestran que eran conscientes de ciertas reglas generales algebraicas, pero «formularon sus problemas matemáticos, exclusivamente, con valores numerales específicos para los coeficientes de las ecuaciones». «No llevaron a cabo ningún intento para generalizar los resultados».^{3*} Los egipcios habían considerado la geometría como una cuestión de campos concretos rectangulares o triangulares. Los griegos la abstraen del plano de lo concreto y material y empiezan a pensar en rectángulos y triángulos puros, que tienen las mismas propiedades, ya estén encarnados en campos de varios acres o en piezas de madera o tela de pocas pulgadas de longitud, o representados, simplemente, mediante líneas trazadas en la arena. De hecho, su encarnación material deja de tener importancia alguna; estamos ante el descubrimiento que pervivirá, por encima de todos, como gloria especial de los griegos: el descubrimiento de la forma. El sentido griego de la forma deja su huella en cada manifestación de su actividad, en la literatura, en las artes gráficas y plásticas, así como en su filosofía. Señala el avance desde lo meramente percibido

³ * S. F. Mason, *A History of the Sciences*, 1953, pág. 7; V. Gordon Childe, citado por Wightman, op. cit., pág. 4.

a los conceptos, desde los casos individuales, percibidos con la vista o el tacto, a la noción universal que concebimos en nuestras mentes —en escultura, no un hombre concreto, sino el ideal de lo humano; en geometría, no triángulos, sino la naturaleza de la triangularidad y las consecuencias que lógica y necesariamente se derivan de ser un triángulo.

Generalizaciones elementales fueron evidentemente necesarias, incluso, para una ciencia y unas matemáticas prácticas y empíricas, como las de los egipcios. Pero no reflexionaron sobre ellas como conceptos singulares susceptibles de análisis o de definición, ni se sirvieron de ellas como si se tratase de la materia “para” o de las unidades constitutivas “de” generalizaciones aun mayores. Para conseguirlo era necesario haber podido ocuparse del concepto de un modo abstracto, como si se tratase de una unidad con su propia naturaleza. Luego se verá que surgen nuevas consecuencias de su naturaleza, tal y como ha sido definida ahora, y que puede construirse un sistema total científico o filosófico, lo cual fue inalcanzable mientras el pensamiento permaneció a un nivel meramente utilitario. En el campo de la astronomía los babilonios fueron capaces de acumular datos que ejercieron su influjo durante varios siglos, basándose en una observación cuidadosa y con una considerable maña para el cálculo. Pero a ellos no se les ocurrió usar este cúmulo de datos como base para construir una cosmología racional, como la de Anaximandro o Platón. Este don de la abstracción, con sus posibilidades ilimitadas; y (debemos añadir) su peligro inherente, fue la propiedad

peculiar de los griegos. El peligro reside, por supuesto, en la tentación de correr antes de poder caminar. Para la razón humana descubrir por primera vez el alcance de sus poderes es una experiencia embriagadora. Tiende a despreciar la acumulación pedestre de hechos e intenta elevar sus alas por encima de la evidencia disponible hasta alcanzar una magnífica síntesis que es, en su mayor parte, creación suya. No se les ocurrió a los más primitivos filósofos de la naturaleza gastar sus vidas en el examen, clasificación y correlación pacientes de las distintas especies de animales y plantas, o en el desarrollo de técnicas experimentales, mediante las cuales poder analizar la composición de las distintas formas de la materia. No comenzaron así la ciencia ni la filosofía. Se empezó por preguntar a la gente —y pretendiendo hallar una respuesta— sobre cuestiones que lo abarcaban todo, como «¿Cuál es la génesis de las cosas que existen?», es decir, ¿por qué causa surgen en primer lugar y de qué están formadas? ¿El mundo entero está constituido en su esencia última de una o más sustancias? Ya he hablado del peligro de esta forma de actuar, que, indudablemente, un científico moderno consideraría ridícula en su sentido literal. Sin embargo, si nadie hubiera comenzado por primera vez a plantearse estas cuestiones últimas y universales, la ciencia y la filosofía, tal y como nosotros las conocemos, no hubieran podido nacer nunca. Dada la forma de ser de la inteligencia humana, no habrían podido nacer de otro modo. Incluso hoy, todo científico debería admitir que sus experimentos serían infructuosos, si no se llevasen a cabo a la luz de una

idea directriz, es decir, apoyándose en una hipótesis formada en la mente, pero que aún no ha tenido comprobación y cuya fijación o refutación dependen de la investigación de un objeto dado. Apegarse demasiado a los fenómenos, como postulaba la naturaleza práctica de la ciencia oriental, nunca conduciría a la comprensión científica. La investigación científica, como un investigador francés ha expresado, presupone «no sólo el amor a la verdad por sí misma, sino también una cierta capacidad para la abstracción, para el razonamiento basado en conceptos puros —en otras palabras, un cierto espíritu filosófico, ya que la ciencia, en sentido estricto, nace de la especulación intrépida de los filósofos más primitivos».^{4*}

Los mismos griegos tenían una frase que resume perfectamente el sentido en el que fueron más allá que sus predecesores y contemporáneos. Es la frase *λόγον διδόναι*, que tiene el sentido de "a dar un logos", y que era típicamente griego. *Logos* no puede traducirse satisfactoriamente con una sola palabra castellana. Enfrentados a una serie de fenómenos, sintieron la urgente necesidad de trascenderlos y dar una explicación de su existencia, en la forma y modo particular en que existían. Un *logos* completo es una descripción que, al mismo tiempo, explica. Junto a forma o estructura, razón o proporción, *logos* puede significar, según su contexto, explicación, definición y aclaración —naciones típicamente griegas, y todas tan estrechamente relacionadas en la mente griega que pareció

⁴ * R. Baccou, *Histoire de la science grecque*, pág. 33.

natural expresarlas con una misma palabra. Como Aristóteles dijo, la única definición completa es aquella que incluye la declaración de la causa.

1.1 G. S. Kirk, J. E. Raven, M. Schofield. Hacia la filosofía y los pensadores jonios

En este texto, anterior al de W. K. C. Guthrie (1962) presentado previamente, Kirk, Raven y Schofield regresan a la vieja tesis aristotélica acerca del origen de la filosofía. Recordemos que Aristóteles ya había afirmado que la filosofía surge porque ésta se separa de los mitos y de las explicaciones religiosas, esa había sido la aportación del filósofo Tales de Mileto. Guthrie retoma la anterior tesis y la desarrolla en su pasaje.

Ahora bien, los dos textos que se incluyen a continuación, de forma más moderada, amplían la mencionada tesis aristotélica sobre el nacimiento de la filosofía. Los autores señalan que el surgimiento de otro tipo de explicaciones, más racionales, se da a partir de una transformación política, social y religiosa, que no se da solamente en términos puramente míticos. Entonces, la filosofía debió haberse dado a partir de elementos distintos que se adecúan a un “modelo más amplio”, según Kirk.

Aunque hay una diferencia entre el texto de Guthrie y el de Kirk, las dos posturas mantienen la misma actitud aristotélica, a saber, que la filosofía es una apuesta racional sobre el mundo, lo que la separa de la explicación mítica y religiosa aportada por autoridades como Homero y Hesíodo.

Texto:

Kirk, G. S., J. E. Raven, M. Schofield. (2008). *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*. Madrid: Gredos, (pp. 104-109).

Las ideas consideradas hasta ahora, con independencia de sus ocasionales estímulos de interés científico, han estado conexionadas con un trasfondo total de dioses y mitos y han visto la forma y desarrollo del mundo primariamente bajo este prisma. Gran parte del progreso hacia una aproximación a la filosofía se ha conseguido mediante la trascendencia de este tipo de visión del mundo y la tendencia esforzada hacia una visión más directa, menos simbólica y menos antropológica, del mismo. La ocupación predilecta de los modernos estudiosos ha insistido en la definición de las sinuosidades y giros de este progreso, pero la cuestión es menos simple de lo que se ha supuesto con frecuencia.

Una de las más arduas conjeturas fue que el requisito principal radicó en el abandono de la personificación, de modo que la interacción del cielo y la tierra (p. e.) no necesitara seguir siendo considerada en términos de una relación sexual entre Urano y Gea, que los componentes cósmicos pudieran ser directamente identificados, aunque las “raíces” estuvieran en Empédocles, y que los principios organizadores pudieran ser expresados como fuerzas de separación y agregación, (e. g.,) más que como Ares y Afrodita o incluso Guerra y Harmonía. De hecho, los presocráticos tardaron en rechazar, en su to-

talidad, estos símbolos útiles y maleables —tenían que desaparecer, naturalmente, de un modo definitivo, antes de que pudiera aparecer, al menos, algo que se pudiera asemejar a la lógica— y se contentaron, con frecuencia, como Heráclito, con reinterpretar sus valores y funciones. Incluso la idea misma de personificación no había sido totalmente antirracional. La división del mundo entre una pluralidad de dioses y demonios con propiedades y poderes diferentes era, en sí misma, un apreciable acto de clasificación; el factor fundamental del retraso fue la *institucionalización* de un modo de interpretación que los hombres son capaces de exagerar, incluso en su etapa de mayor grado de racionalidad, a saber, la visión del mundo como animado e incluso con capacidad de voluntad en términos humanos. El modelo genético de la naturaleza que se diferencia a sí misma, a partir de *progenitores* primordiales, se mostró renuente a abandonar tal actitud; Heráclito, a diferencia de los demás, tuvo éxito, al menos en parte, al confrontar este particular modelo mítico-religioso (ejemplificado claramente en la *Teogonía* de Hesíodo) con otro modelo incluso más poderoso, ejemplificado en los *Trabajos y Días*, el de Zeus, que gobierna el mundo desarrollado con ayuda de la Justicia.

Es importante no exagerar la pura irracionalidad de la visión del mundo sobre la que llegó a fundarse la tradición presocrática y que ella misma destruyó definitivamente. Es incuestionable que tuvo, ocasionalmente, fuertes elementos de irracionalidad, pero, la Grecia arcaica de la época homérica (finales del siglo VIII a. C.) e incluso el periodo que pretendió

describir (digamos el siglo XIII a. C.) no fueron, a la vez, una edad realmente primitiva. Tanto la estructura administrativa de la última como la percepción literaria y la organización de la primera son una clara muestra de un refinamiento lógico y psicológico. La concepción homérica de Odiseo, (p. e.,) es la de un hombre capaz de filosofar en la mayor parte de sus vías, al menos, es un hombre que no se distingue tanto por la “astucia” como por su capacidad de analizar circunstancias complejas con el resultado de elecciones racionales. De ello nos damos cuenta cuando delibera sobre las diversas alternativas que se le ofrecen, abiertas a múltiples posibilidades de consecuencia, al eludir desesperadamente la costa rocosa de Esqueria en el libro V de la *Odisea*. Su relación con los dioses y diosas, incluso con Atenea, es incidental a la mayor parte de sus decisiones y de su comportamiento; es un hombre racional, dotado de un fuerte sentido de lo que verdaderamente vale en la existencia humana.

También Hesíodo, de una manera bastante diferente, a pesar de ser un manifiesto provisor de una imagen mítica y, por tanto, irracional en su raíz, empleó un género útil de racionalidad, cuando clasificó y sintetizó cuentos procedentes de diferentes regiones y con énfasis diferentes. Hizo incluso mucho más que eso, por ejemplo reunir los temas cosmogónicos interesantes del § 5. Porque el plan de compilar una cosmogonía y una teogonía sistemáticas, por un lado, seguido, por otro, de un examen de la norma del orden (o su ruptura) en el mundo desarrollado, presupone una visión comprensiva

del mundo (su organización y principio de operación, así como la participación del hombre en las mismas), que deja de ser filosófica sólo porque se expresa en el lenguaje simbólico de los mitos y es concebida, sin duda, desde ellos, en cierta medida.

Esta es la razón por la que los estudiosos se han visto tentados, de vez en cuando, a considerar a Hesíodo como el primer filósofo presocrático; pero, entre él y Anaximandro (p. e.,) existe una gran diferencia y es importante que consideremos su naturaleza, aunque no podamos comprenderla en su totalidad.

La transición de los mitos a la filosofía, del *muthos* al *logos*, como se ha dicho a veces, es mucho más radical que lo que supone un simple proceso de des-personificación o de desmitificación, entendido tanto como un rechazo de la alegoría como de una especie de desciframiento; mucho más radical incluso (si la idea no es un completo sin-sentido) que lo que podría estar implicado en una mutación cuasi-mística de modos de pensar, del proceso intelectual mismo. Se vincula, más bien (y es su resultado), con un cambio político, social y religioso y no con un cambio puramente intelectual, realizado fuera de la cerrada sociedad tradicional (que, en su forma arquetípica, es una sociedad oral, en la que la narración de cuentos es un importante instrumento de estabilidad y de análisis), dirigido hacia una sociedad abierta, en la que los valores del pasado advienen relativamente poco importantes y la comunidad misma y su circunstancia expansiva estatuyen opiniones radicalmente nuevas.

Este tipo de cambio aconteció en Grecia entre los siglos IX y IV a. C. —un cambio complicado, sin duda, por la excepcional persistencia en la falta de literatura. El crecimiento de la *polis*, la Ciudad-Estado independiente, fuera de las anteriores estructuras aristocráticas, unido al desarrollo de contactos con el extranjero, y un sistema monetario transformaron la visión hesiódica de la sociedad e hicieron que los viejos arquetipos de dioses y héroes parecieran obsoletos e irrelevantes, salvo cuando fueron protegidos directamente por el culto religioso. Subsistió, sin duda, el soterrado tono racional de la tradición homérica, así como el arte clasificatorio de Hesíodo; pero las sociedades especulativas y cosmopolitas de Jonia y del mismo Mileto se lanzaron hacia una forma más perspicaz y se dedicaron, sin separarse demasiado de los mitos y de la religión, a estructurar un modelo más amplio y más objetivo del mundo.

Los pensadores jonios

Los primeros intentos completamente racionales por describir la naturaleza del mundo tuvieron lugar en Jonia. Aquí estuvieron aliadas, al menos por algún tiempo, una prosperidad material y unas oportunidades especiales de contacto con otras culturas —con Sardes, (p. e.,) por tierra y con el Ponto y Egipto por mar—, con una sólida tradición cultural y literaria que data de la poca de Homero. En el espacio de un siglo Mileto alumbró a Tales, Anaximandro y Anaxímenes; cada uno de ellos se caracterizó por la asunción de un único principio material y su separación constituyó el paso más importante

en la explicación sistemática de la realidad. Esta actitud era un claro desarrollo del acercamiento a la naturaleza por la vía de generación o genealogía, cuya ejemplificación aparece en la *Teogonía* de Hesíodo y que hemos descrito ya en el capítulo I. Después de los grandes milesios, sin embargo, se moderó o abandonó esta actitud. Tratamos a Jenófanes entre los jonios (capítulo V), aunque, de hecho, no encaja en una categoría general. Nacido y educado en Colofón y perfecto conocedor de las ideas jonias (mucho más, evidentemente, que Pitágoras) se trasladó a la Grecia occidental y, sólo incidentalmente, se interesó por los detalles de la cosmogonía y cosmología. En Éfeso, mientras tanto, el personal Heráclito sobrepasó los límites del monismo material y, si bien conservó la idea de una sustancia básica (aunque no cosmogónica), descubrió la unidad más significativa de las cosas —una unidad que también presupuso sin planteamiento crítico previo— en su estructura o disposición. Tiene un paralelo con las teorías pitagóricas que se desarrollaron en el mundo griego occidental. El pitagorismo produjo la reacción de Parménides y, durante cierto tiempo, las escuelas occidentales fueron todas importantes; pero el monismo materialista jonio se volvió a afirmar, hasta cierto punto, en los compromisos de algunos de los sistemas postparmenídeos.

2. Tales de Mileto

Fragmentos

Para Aristóteles, y por ello para la tradición filosófica que abarca más de dos mil años, el jonio Tales de Mileto es el primer filósofo en la historia de Occidente. Como ya se señaló en los dos textos anteriores, el logro fundamental del filósofo de Asia menor fue separarse de la “personalización” irracional de la naturaleza y del cosmos. A partir de explicaciones más intuitivas y, digamos, empíricas, Tales logró concebir una nueva manera de acercarse a la realidad.

Según Diógenes Laercio, al citar al Apolodoro de las *Cronologías*, Tales nació en la Olimpiada 35a., esto es, aproximadamente, en el año 640 a. C. y murió en la Olimpiada 58a., es decir, entre los años 548-545 a. C. Tales fue longevo para un griego común y fue conocido como uno de los siete sabios griegos. Se presume que escribió dos textos: *Sobre el solsticio* y *Sobre el equinoccio*, como se puede notar por los títulos, eran investigaciones sobre el cielo en pleno siglo VII a. C.

No conservamos ningún texto original de Tales de Mileto; lo que se presenta a continuación son fragmentos recogidos de diversos autores de la antigüedad. Todos estos extractos pueden darnos una idea de lo que pudo haber pensado el milesio, pero cabe aclarar que sólo tenemos cierta certeza sobre algunas de esas ideas.

Texto:

Kirk, G. S., J. E. Raven, M. Schofield. (2008). *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*. Madrid: Gredos, (pp. 111-136).

2 Tales de Mileto

Fragmentos

Fecha

Según la tradición, Tales, el primer físico griego o investigador de la naturaleza de las cosas como un todo (85), predijo el eclipse que tuvo lugar en 585 a. C. (74). Es de suponer, en consecuencia, que no desarrollara su actividad mucho antes del comienzo del siglo VI.

Su nacionalidad

62. Era, pues, Tales, como Heródoto, Duris y Demócrito afirman, hijo de Examio por parte paterna y de Cleobulina por la materna, de o descendientes de Teleo, que son fenicios, los

más notables de entre los epígonos de Cadmo y Agenor... este (Agenor) fue inscrito como ciudadano en Mileto cuando llegó con Neleo, exiliado de Fenicia. Mas, según afirma la mayoría, Tales era milesio nato y de ilustre familia.

63 ...de Tales, un milesio... fenicio por su ascendencia de origen...

Sus actividades prácticas

65. Útil fue también, antes de la destrucción de Jonia, el parecer de Tales de Mileto, fenicio por su ascendencia originaria, el cual aconsejaba a los jonios que tuvieran una sola sala de consejos y que ésta estuviera en Teos (porque Teos era el centro de Jonia) y que las demás ciudades, sin dejar de estar habitadas, debían ser consideradas demos.

La tradición de una visita a Egipto

67. Tales... tras dedicarse a la filosofía en Egipto, vino a Mileto, cuando era más viejo.

68. Tales, tras haber ido primeramente a Egipto, trasplantó a Grecia esta especulación (la geometría)...

71. Tales cree que los vientos etesios, al soplar de cara contra Egipto, elevan la masa de agua del Nilo y la hinchazón del mar que viene contra él impide su desagüe.

Anécdotas sobre Tales como filósofo típico

72. Como, oh Teodoro, se dice que una aguda y graciosa esclava tracia se burló de Tales, porque, mientras observaba las estrellas y miraba hacia arriba se cayó en un pozo; ávido por observar las cosas del cielo, le pasaban desapercibidas las que estaban detrás de él y delante de sus pies.

73. Pues dice que, cuando, por su pobreza, le reprochaban que la filosofía era inútil, tras haber observado por el estudio de los astros que iba a haber una gran producción de olivas, se procuró un pequeño capital, cuando aún era invierno, y que depositó fianzas por todas las presas de aceite de Mileto y Quíos, alquilándolas a bajo precio porque nadie licitó contra él. Cuando llegó el momento oportuno, al ser muchos los que a la vez y de repente las pedían, las iba alquilando al precio que quería y reunió mucho dinero, demostrando así que es fácil a los filósofos enriquecerse, si quieren, pero que no son las riquezas lo que les interesan.

Sus predicciones del eclipse y otras actividades astronómicas

74. En el año sexto de la guerra que ellos (medos y lidios) venían haciéndose entre sí con igual fortuna, sucedió que, cuando la batalla estaba trabada, el día se convirtió de repente en noche. Tales el milesio había predicho a los jonios que iba a tener lugar esta alteración del día, fijándolo en el año en que precisamente ocurrió (el cambio).

75. Algunos creen que fue el primero en estudiar los cuerpos celestes y en predecir los eclipses de sol y los solsticios, como dice Eudemo en su historia de astronomía; por esta razón le admiran Jenófanes y Heródoto y testifican a su favor Heráclito y Demócrito.

76. Eudemo refiere en la Astronomía que Enópides fue el primero en describir la oblicuidad del zodíaco y el ciclo del Gran Año y Tales el eclipse de sol y el período variable de sus solsticios.

78 ...pues la victoria fue de Tales, de quien, además de ser experto en su dictamen, se decía que había medido también las pequeñas estrellas del Carro, por las que se guían los fenicios en su navegación.

Descubrimientos matemáticos

79. Jerónimo afirma que (Tales) midió también las pirámides por su sombra, tras haber observado el momento en que nuestra sombra es igual a nuestra altura.

80. Eudemo atribuye este teorema a Tales en la historia de la geometría; pues dice que es necesario que lo utilizara para la explicitación del método mediante el que dicen que demostró la distancia de las naves en el mar.

Sus escritos

81. Tales fue, según la tradición, el primero en revelar a los griegos la investigación de la naturaleza y, a pesar de haber

tenido otros muchos predecesores, según Teofrasto cree también, les aventajó tanto que los eclipsó a todos. Se dice que no dejó nada escrito, salvo la llamada *Astrología Náutica*.

82. Y, según algunos, no dejó ningún escrito; pues la *Astrología Náutica*, a él atribuida, se dice que es de Foco el Samio. Calímaco le tuvo por el descubridor de la Osa Menor y dice así en *Yambos...* (78 vs. 3-4); según otros, en cambio, escribió sólo dos libros: *Sobre el solsticio* y *Sobre el equinoccio*, considerando que las demás cosas eran incomprensibles.

83. ...escribió sobre los fenómenos celestes en verso épico, sobre el equinoccio y otras muchas cosas.

Cosmología

84. Otros dicen que la tierra descansa sobre el agua. Ésta es la versión más antigua que se nos ha transmitido, dada, según dicen, por Tales de Mileto, a saber, la de que ésta (la tierra) se mantiene en reposo porque flota, como si fuera un madero o algo semejante (pues ninguna de estas cosas se mantiene en el aire en virtud de su propia naturaleza, pero sí en el agua) —como si no se aplicara el mismo argumento al agua que soporta la tierra que a la tierra misma.

87. Las sustancias naturales húmedas, puesto que se forman fácilmente de cualquier cosa, es frecuente que experimenten los más variados cambios: la parte que se evapora se hace aire y

la parte más pura, purificada, se convierte en éter, mientras que el agua es comprimida y cambiada en cieno hasta convertirse en tierra. Por eso afirmó Tales que el agua era el más activo de los cuatro elementos: por así decirlo, como una causa.

88. Pues dice (Tales) que el mundo es sostenido por el agua y que cabalga como un barco y que cuando se dice que «tiembla» se está en realidad meciendo debido al movimiento del agua.

89. Parece que también Tales, a juzgar por lo que cuentan, supuso que el alma era algo cinético, si es que afirmó que la piedra (magnética) posee alma porque mueve el hierro.

90. Aristóteles e Hippias afirman que (Tales) hizo participes de alma incluso a los inanimados (sin alma), deduciendo sus conjeturas de la piedra magnética y del ámbar.

91. Algunos afirman que (el alma) está mezclada en el todo (universo), por lo que tal vez Tales creyó también que todas las cosas están llenas de dioses.

92. ¿Hay alguien que, aceptando esto, pueda sostener que todas las cosas no están llenas de dioses?

93. Tales decía que dios es la mente del mundo y que todo está dotado de alma y lleno de démones; y que a través de la humedad elemental penetra una fuerza divina que la mueve.

3. Platón

Teeteto

Sobre Tales de Mileto y el inicio de la filosofía

En el diálogo *Teeteto*, Platón (del 427 a. C. al 347 a. C.) desarrolla temas relacionados con la teoría del conocimiento. La gran problemática que se expone en el texto se relaciona con el saber. Tras proporcionar tres definiciones de “saber” y las dudas que presenta, el problema de definir el conocimiento queda abierto, sin una respuesta definitiva. El fragmento que ofrecemos es una digresión a la que recurre Sócrates para ilustrar un punto relevante relacionado con el saber filosófico.

En este diálogo, el filósofo, para Platón, es un ser que posee ciertas características y una relación distinta con el mundo práctico. Mientras que el cuerpo del filósofo está en la ciudad, en el ágora y en las cuestiones públicas, su pensamiento lucha por separarse de esos asuntos y “vuela por encima de ellas con desprecio”. Aquellos que practican la filosofía tienen objetivos diferentes a los que pudiéramos tener el resto de los mortales.

En este contexto, se menciona la figura de Tales de Mileto como aquel ejemplo de filósofo que va por las calles ensimismado y despistado, alejado de la vida cotidiana. Tales, en este caso, marcará una diferencia con el resto de aquellos que buscan el saber, una divergencia que estará impresa en toda la filosofía hasta nuestros días.

Texto:

Platón. (1988). *Diálogos V. Parménides. Teeteto. Sofista. Político*. Madrid: Gredos, (pp. 237-245).

3. Platón

Teeteto (172c-176e)

Sócrates. – Por cierto, muchas veces, querido amigo, se me ha ocurrido pensar, como en esta ocasión, que los que se han dedicado mucho tiempo a la filosofía frecuentemente parecen oradores ridículos, cuando acuden a los tribunales.

Teodoro. - ¿Qué quieres decir?

Sócrates. – Que los que han rodado desde jóvenes por tribunales y lugares semejantes parecen haber sido educados como criados, si los comparas con hombres libres, educados en la filosofía y en esta clase de ocupaciones.

Teodoro. – ¿En qué sentido?

Sócrates. – Estos últimos disfrutaban del tiempo libre al que tú hacías referencia y sus discursos los componen en paz y en tiempo de ocio. Les pasa lo mismo que a nosotros, que, de discurso en discurso, ya vamos por el tercero. Si les satisface

más el siguiente que el que tienen delante, como a nosotros, proceden de la misma manera. Y no les preocupa nada la extensión o la brevedad de sus razonamientos, sino solamente alcanzar la verdad. Los otros, en cambio, siempre hablan con la urgencia del tiempo, pues les apremia el flujo constante del agua. Además, no pueden componer sus discursos sobre lo que desean, ya que la parte contraria está sobre ellos y los obliga a atenerse a la acusación escrita, que, una vez proclamada, señala los límites fuera de los cuales no puede hablarse. Esto es lo que llaman juramento recíproco. Sus discursos versan siempre sobre algún compañero de esclavitud y están dirigidos a un señor que se sienta con la demanda en las manos. Hasta tal punto tratan sus disputas de asuntos puramente particulares, que muchas veces se parecen a una carrera por la propia vida. De manera que, a raíz de todo esto, se vuelven violentos y sagaces, y saben cómo adular a su señor con palabras y seducirlo con obras. Pero, a cambio, hacen mezquinas sus almas y pierden toda rectitud. La esclavitud que han sufrido desde jóvenes les ha arrebatado la grandeza de alma, así como la honestidad y la libertad, al obligarlos a hacer cosas tortuosas y al deparar a sus almas, todavía tiernas, grandes peligros y temores, que no podían sobrellevar aún con amor a la justicia y a la verdad. Entregados así a la mentira y a las injurias mutuas, tantas veces se encorvan y se tuercen, que llegan a la madurez sin nada sano en el pensamiento. Ellos, sin embargo, creen que se han vuelto hábiles y sabios. Así es esta gente, Teodoro. ¿Quieres ahora que pasemos a describir a los que forman parte de nuestro coro o los dejamos y volvemos,

de nuevo, a nuestros razonamientos? De esta manera no nos pasaría que decíamos hace poco y evitaríamos abusar en exceso de nuestra libertad, yendo de discurso en discurso.

Teodoro. – De ninguna manera, Sócrates. Sería mejor que los describiéramos. Tú has estado muy acertado al decir que nosotros, los que formamos parte de un coro como éste, no somos los servidores de nuestros discursos. Al contrario, los discursos son como criados nuestros y así cada uno aguardará para terminar cuando a nosotros nos parezca. No nos preside, efectivamente, un juez, ni un espectador, como les pasa a los poetas, que pudiera hacernos reproches o decirnos lo que tenemos que hacer.

Sócrates. – Entonces, ya que eres de esa opinión, parece que debemos hablar de los corifeos. ¿Para qué mencionar, en efecto, a gente que es inferior a éstos en la práctica de la filosofía? En primer lugar, comenzaremos diciendo que aquéllos desconocen desde su juventud el camino que conduce al ágora y no saben dónde están los tribunales ni del consejo ni ningún otro de los lugares públicos de reunión que existen en las ciudades. No se paran a mirar ni prestan oídos a nada que se refiera a leyes o a decretos, ya se den a conocer oralmente o por escrito. Y no se les ocurre ni en sueños participar en las intrigas de las camarillas para ocupar los cargos, ni acuden a las reuniones ni a los banquetes y fiestas que se celebran con flautistas. Además, el hecho de que alguien en la ciudad sea de noble o baja cuna o haya heredado alguna tara de sus antepasados, por parte de hombres o mujeres, le importa

menos, como suele decirse, que las copas de agua que hay en el mar. Ni siquiera sabe que desconoce todo esto, ya que no se aleja de ello para granjearse una buena reputación. Ocurre, más bien, que en realidad sólo su cuerpo está y reside en la ciudad, mientras que su pensamiento estima que todas estas cosas tienen muy poca o ninguna importancia y vuela por encima de ellas con desprecio. Como decía Píndaro, él se adentra en las profundidades de la tierra y lo mismo se interesa por su extensión, cuando se dedica a la geometría, que va más allá de los cielos en sus estudios astronómicos. Todo lo investiga buscando la naturaleza entera de los seres que componen el todo, sin detenerse en ninguna de las cosas que le son más próximas.

Teodoro. – ¿Por qué dices todo esto, Sócrates?

Sócrates. – Es lo mismo que se cuenta de Tales, Teodoro. Éste, cuando estudiaba los astros, se cayó en un pozo, al mirar hacia arriba, y se dice que una sirvienta tracia, ingeniosa y simpática, se burlaba de él porque quería saber las cosas del cielo, pero se olvidaba de las que tenía delante y a sus pies. La misma burla podría hacerse de todos los que dedican su vida a la filosofía. En realidad, a una persona así le pasan desapercibidos sus próximos y vecinos, y no solamente desconoce qué es lo que hacen, sino el hecho mismo de que sean hombres o cualquier otra criatura. Sin embargo, cuando se trata de saber qué es en verdad el hombre y qué le corresponde hacer o sufrir a una naturaleza como la suya, a diferencia de los demás seres, pone todo su esfuerzo en investigarlo y examinarlo atentamente. ¿Comprendes, Teodoro, o no?

Teodoro. – Sí, y tienes razón.

Sócrates. – Así pues, querido amigo, como te decía al principio, cuando una persona así en sus relaciones particulares o públicas con los demás se ve obligada a hablar, en el tribunal o en cualquier otra parte, de las cosas que tiene a sus pies y delante de sus ojos, da que reír no sólo a las tracias, sino al resto del pueblo. Caer en pozos y en toda clase de dificultades debido a su inexperiencia, y su terrible torpeza da una imagen de necedad. Pues, en cuestión de injurias, no tiene nada en particular que censurar a nadie, ya que no sabe nada malo de nadie, al no haberse ocupado nunca de ello. Por tanto, se queda perplejo y hace el ridículo. Y ante los elogios y la vanagloria de los demás, no se ríe con disimulo, sino tan real y manifiestamente que parece estar loco. Efectivamente, cuando se elogia a un tirano o a un rey, cree oír que están hablando de la felicidad de un pastor, ya sea de cerdos, vacas u ovejas, por haber ordenado mucha leche. Pero considera que aquéllos tienen que apacentar y ordeñar a unos animales más díscolos e insidiosos que éstos, y que las personas de esa naturaleza, debido a la tarea que desempeñan, se hacen por fuerza no menos agrestes y carentes de educación que los pastores, apresados como están en sus murallas, al igual que el pastor en los rediles de las montañas. Cuando oye decir que alguien posee una fortuna admirable en extensión, por poseer diez mil plenos de tierra o aún más, tales cifras le parecen totalmente insignificantes, pues está acostumbrado a poner sus ojos en la tierra entera. Y cuando componen himnos genealógicos de

alguien que puede demostrar la existencia de siete antecesores ricos, considera que tales elogios son propios de personas obtusas y cortas de miras, que por su falta de educación no pueden poner sus ojos en el todo, ni darse cuenta de que cualquiera tiene miles de antecesores y progenitores ni de que entre ellos los ricos y pobres se cuentan por muchos miles, así como los reyes y esclavos o los extranjeros y griegos. Es más, a él le parece algo absurdo, por su pequeñez, que alguien se enorgullezca por una lista de veinticinco antepasados, aunque asciendan hasta el mismo Heracles, hijo de Anfitrión, ya que el antepasado vigésimo quinto, contando de Anfitrión hacia atrás, sería el que a este le tocara en suerte, igual que podría decirse del quincuagésimo a partir de él. Se ríe de los que son incapaces de hacer un cálculo de esta naturaleza y no alejan la vanidad de su alma insensata. En todos estos casos una persona así sirve de mofa al pueblo, unas veces por su apariencia de soberbia, y otras veces por el desconocimiento de lo que tiene a sus pies y la perplejidad que en cada ocasión le envuelve.

Teodoro. – Eso que estás diciendo, Sócrates, es exactamente lo que ocurre.

Sócrates. – Pero, querido amigo, cuando consigue elevar a alguien a un plano superior y la persona en cuestión se deja llevar por él, el resultado es muy distinto. Entonces quedan a un lado las cuestiones relativas a las injusticias que yo cometo contra ti o tú contra mí, y se pasa a examinar la justicia y la injusticia en sí mismas, lo que ambas son, y las diferencias que distinguen a la una de las otra, así como a ellas mismas

de todo lo demás. De preguntas acerca de si es feliz el rey que posee riquezas se pasa a un examen de la realeza y de la felicidad o la desgracia que en general afecta a los hombres, para averiguar qué son ambas y de qué manera le corresponde a la naturaleza del hombre poseer la una y huir de la otra. Cuando alguien de mente estrecha, sagaz y leguleyo, tiene que dar una explicación de todas estas cuestiones, se invierten las tornas. Suspendido en las alturas, sufre de vértigos y mira angustiado desde arriba por la falta de costumbre. Su balbuceo y la perplejidad en la que cae no dan que reír a las tracias, ni a ninguna otra persona carente de educación, pues ellas no perciben la situación en la que se halla, pero si a todos los que han sido instruidos en principios contrarios a la esclavitud. Esta es la manera de ser que tienen uno y otro, Teodoro. El primero, que ha sido educado realmente en la libertad y en el ocio, es precisamente el que tú llamas filósofo. A éste no hay que censurarlo por parecer simple e incapaz, cuando se ocupa de menesteres serviles, si no sabe preparar el lecho, condimentar las comidas o prodigar lisonjas. El otro, por el contrario, puede ejercer todas estas labores con diligencia y agudeza, pero no sabe ponerse el manto con la elegancia de un hombre libre, ni dar a sus palabras la armonía que es preciso para entonar un himno a la verdadera vida de los dioses y de los hombres bienaventurados.

Teodoro. — Si pudieras convencer a todos de lo que dices, Sócrates, como me convences a mí, habría más paz y menos males entre los hombres.

Sócrates. — Sin embargo, Teodoro, los males no pueden desaparecer, pues es necesario que exista siempre algo contrario al bien. Los males no habitan entre los dioses, pero están necesariamente ligados a la naturaleza mortal y a este mundo de aquí. Por esa razón es menester huir de él hacia allá con la mayor celeridad, y la huida consiste en hacerse uno tan semejante a la divinidad como sea posible, semejanza que se alcanza por medio de la inteligencia con la justicia y la piedad. Ahora bien, mi buen amigo, no es muy fácil, en efecto, convencer a nadie de que no es por lo que la mayoría dice que hay que huir del mal y perseguir la virtud, por lo que hay que practicar lo uno y no lo otro. Ella cree que lo único importante es no tener mala reputación y parecer bueno, pero todas estas opiniones, a mi entender, no son más que un chismorreo. Y hay que decir la verdad. La divinidad no es injusta en modo alguno; al contrario, representa el grado más alto de la justicia, de manera que ninguno de nosotros se le asemeja más que quien ha logrado llegar a ser lo más justo posible. En relación con esto es como hay que valorar la verdadera habilidad de un hombre o su insignificancia y falta de virilidad. Pues la sabiduría y la verdadera virtud no son otra cosa que el conocimiento de la justicia, y su desconocimiento es ignorancia y maldad manifiesta. Cualquier otra cosa que pudiera parecer habilidad y sabiduría, en el ejercicio de la política es grosería y en las artes vulgaridad. En consecuencia, al hombre que es injusto o impío de palabra o de obra es al que menos puede reconocérsele que tiene habilidad por su falta de escrúpulos.

Ellos, en efecto, se vanaglorian de lo que, en realidad, es un reproche y creen oír con ello que no son, como los necios, una mera carga de la tierra, sino hombres como hay que ser para estar a salvo en la ciudad.

4. Aristóteles

Metafísica, Libro I, Capítulo 3 Sobre Tales de Mileto y el inicio de la filosofía

La obra monumental de Aristóteles (del 384 al 322 a. C.) llamada *Metafísica* es, sin duda, un punto de partida nuevo y reluciente que intenta explicar la realidad como un todo en términos de causas y principios. En el capítulo que presentamos a continuación, el filósofo macedonio comienza un recorrido histórico sobre las tesis más importantes relacionadas con la explicación de la realidad. Tenemos, entonces, en este capítulo, el inicio de la primera historia de la filosofía de occidente.

Recordemos que en los dos primeros capítulos del “Libro I”, Aristóteles hace una caracterización precisa de lo que es, en sus términos, la filosofía. En este caso, la filosofía es la Ciencia Primera, la Ciencia de los principios y de las causas, la Ciencia teórica, en resumen, la sabiduría. Esta Ciencia, la filosofía, no nació de la nada, su investigación tuvo un origen,

a saber, la investigación racional de la naturaleza en términos de principios.

Sin dudarlo, Aristóteles afirmará aquí que Tales de Mileto es el primer filósofo en la historia porque éste fue “el introductor de este tipo de filosofía”. Apenas un párrafo dedica el estagirita al análisis del primer filósofo occidental; no importa, lo trascendente es que el nombre de Tales quedará ya registrado como el primer investigador de la naturaleza que habla en términos filosóficos.

Texto:

Aristóteles. (1994). *Metafísica*. Madrid: Gredos, (pp. 79-84).

Aristóteles

Metafísica, Libro I, Capítulo 3

(Las cuatro causas y la filosofía anterior)

Es obvio, pues, que necesitamos conseguir la ciencia de las causas primeras (desde luego, decimos saber cada cosa cuando creemos conocer la causa primera). Pero de causas se habla en cuatro sentidos, de ellas, una causa decimos que es la entidad, es decir, la esencia (pues el porqué se reduce, en último término, a la definición, y el porqué primero es causa y principio; la segunda, la *materia*, es decir, el sujeto; la tercera, *de donde proviene el inicio del movimiento* y la cuarta, la causa opuesta a esta última, *aquello para lo cual*, es decir, el bien (éste es, desde luego, el fin a que tienden la generación y el movimiento). Y

aunque sobre ellas hemos tratado suficientemente en la *Física*, tomaremos, con todo, en consideración a los que antes que nosotros se acercaron a investigar las cosas que son, y filosofaron acerca de la verdad. Es evidente que también ellos proponen ciertos principios y causas. Al ir a ellos sacaremos, sin duda, algún provecho para el proceso de investigación de ahora, pues o bien descubriremos algún otro género de causa, o bien aumentar nuestra certeza acerca de las recién enumeradas.

De los que primero filosofaron, la mayoría pensaron que los únicos principios de todas las cosas son de naturaleza material: y es que aquello de lo cual están constituidas todas las cosas que son, y a partir de lo cual primeramente se generan y en lo cual últimamente se descomponen, permaneciendo la entidad por más que ésta cambie en sus cualidades, eso dicen que es el elemento, y eso el principio de las cosas que son, y de ahí que piensen que nada se genera ni se destruye, puesto que tal naturaleza se conserva siempre, al igual que tampoco decimos que Sócrates se hace en sentido absoluto cuando se hace hermoso o músico, ni que se destruye cuando pierde tales disposiciones, ya que el sujeto, el mismo Sócrates, permanece: del mismo modo tampoco podrá (decirse respecto de) ninguna otra cosa, pues siempre hay alguna naturaleza, sea una o más de una, a partir de la cual se genera lo demás, conservándose aquélla.

Por lo que se refiere al número y a la especie de tal principio, no dicen todos lo mismo, sino que Tales, el introductor de este tipo de filosofía, dice que es el agua (de ahí que dijera

también que la tierra está sobre el agua), tomando esta idea posiblemente de que ve que el alimento de todos los seres es húmedo y que a partir de ello se genera lo caliente mismo y de ello vive (pues aquello a partir de lo cual se generan todas las cosas es el principio de todas ellas) —tomando, pues, tal idea de esto, y también de que las semillas de todas las cosas son de naturaleza húmeda, y que el agua es, a su vez, el principio de la naturaleza de las cosas húmedas.

Hay, por lo demás, quienes piensan que también los más antiguos, los que teologizaron por vez primera y mucho antes de la generación actual, tuvieron una idea así acerca de la naturaleza: en efecto, hicieron progenitores de todas las cosas a Océano y Tetis, y (dijeron) que los dioses juran por el agua, la llamada Estigia por ellos [los poetas]. Ahora bien, lo más antiguo es lo más digno de estima y lo más digno de estima, a su vez, aquello por lo cual se jura. No obstante, no está nada claro si esta opinión acerca de la naturaleza es, efectivamente, primitiva y antigua; en todo caso, de Tales se dice que manifestó de este modo acerca de la causa primera. (Desde luego, nadie pretendería colocar entre éstos a Hipón, dada la vulgaridad de su pensamiento.)

Anaxímenes y Diógenes afirman que el aire es anterior al agua y que, entre los cuerpos simples, él es principio por antonomasia. Por su parte, Hipaso el metapontino y Heráclito el éfeso (afirman) que lo es el fuego, y Empédocles, a su vez, añadiendo la tierra como cuarto a los ya mencionados, (afirma) que lo son los cuatro (y que éstos, efectivamente, permanecen

siempre y no se generan, a no ser por aglomeración y escasez, cuando se reúnen formando una unidad y se separan de la unidad que formaban). Anaxágoras el clazomenio —que es anterior a este último en cuanto a la edad pero posterior a él en cuanto a las obras— afirma, en fin, que los principios son infinitos: en suma, viene a decir que todos los cuerpos homeoméricos, como el agua o el fuego, se generan y destruyen únicamente por reunión y separación, pero que en ningún otro sentido se generan o destruyen, sino que, antes bien, permanecen eternos.

A partir de estas indicaciones cabría, ciertamente, suponer que la única causa es la que se dice tal en el sentido específico de materia. Sin embargo, al avanzar de este modo, el asunto mismo les abrió el camino y los obligó a seguir buscando. Pues si bien es verdad que toda generación y descomposición tiene lugar, antes que nada, a partir de algo, sea uno o múltiple, ¿por qué sucede tal, y cuál es la causa? Porque, ciertamente, el sujeto mismo no se hace cambiar a sí mismo: quiero decir, por ejemplo, que ni la madera ni el bronce son causa, respectivamente, de su propio cambio; ni la madera hace la cama ni el bronce hace la estatua, sino que la causa del cambio es otra cosa. Ahora bien, buscar esta causa es buscar el otro principio: en nuestra terminología, *aquello de donde procede el inicio del movimiento*. Ciertamente, los que al principio se aplicaron a este proceso de investigación y afirmaron que el sujeto es uno solo, no se plantearon esta dificultad, sino que algunos de los que afirman (que el sujeto es) uno, como derrotados

por esta búsqueda, dicen que lo uno es inmóvil y que lo es la naturaleza entera, no sólo en cuanto a la generación y descomposición (pues esto ven a ya de antiguo y todos coincidían en ello), sino también en cuanto a toda otra clase de cambio: y esto es lo peculiar de ellos. Así pues, ninguno de los que afirman que todo es uno llegó a vislumbrar también este tipo de causa excepto, tal vez, Parménides, y éste en la medida en que propuso que hay no sólo lo Uno, sino también, en algún sentido, dos causas. Por el contrario, quienes ponen más de un principio —por ejemplo, lo caliente y lo frío, o el fuego y la tierra— cuentan con una posibilidad mayor de explicación: en efecto, recurren al fuego como si éste poseyera naturaleza motriz, y al agua y la tierra y los cuerpos semejantes como si poseyeran la naturaleza contraria.

Después de estos y (del descubrimiento) de tales principios, puesto que eran insuficientes para generar la naturaleza de las cosas que son, forzados una vez más, como decíamos, la verdad misma, buscaron el principio siguiente. Y es que seguramente ni el fuego ni la tierra ni ningún otro de tales elementos puede ser tomado razonablemente como causa de que unas cosas sean bellas y buenas y otras lleguen a serlo, y tampoco es verosímil que aquéllos lo creyeran. Por otra parte, tampoco resultaba adecuado atribuir tamaña empresa a la casualidad y al azar. Así que cuando alguien afirmó que, al igual que en los animales, hay también en la Naturaleza un Entendimiento, causa de la belleza y del orden universal, debió parecer como quien está en sus cabales frente a las

banalidades que decían los anteriores. Con toda evidencia sabemos, ciertamente, que Anaxágoras se atuvo a este tipo de explicación, si bien Hermótimo el clazomenio tiene fama de haberlo dicho antes que él. Así pues, los que han mantenido esta idea establecieron que la causa del orden es, a la vez, principio de las cosas que son, precisamente aquel principio de donde les viene el movimiento a las cosas que son.

5. Diógenes Laercio

Vidas y opiniones de los filósofos ilustres.

Sobre Tales de Mileto

Diógenes Laercio es el historiador de la filosofía que documenta el pensamiento del pasado (del 180 al 240 d. C.). En sus *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* hace un recuento minucioso de los filósofos antiguos. Diógenes no es sólo una fuente primaria para el estudio del pensamiento occidental, sino que es una lectura imprescindible para comprender la mentalidad, costumbres, ideas y formas de estar en el mundo de aquellos que han vivido antes que él.

En el texto que presentamos a continuación, Diógenes habla de Tales. Tales, como se sabe desde el texto aristotélico, fue el primer filósofo occidental. Diógenes se encarga de proporcionar datos precisos para caracterizar la personalidad, biografía y filosofía del milesio. El texto abunda en anécdotas, pero

también establece para la posteridad las tesis fundamentales de la filosofía de la naturaleza de Tales, seguramente revisadas, imaginamos, por el mismo Diógenes en la metafísica de Aristóteles.

El texto de Diógenes es fundamental porque nos permite adentrarnos, con cierto detalle, en la vida del primer filósofo de Occidente. En el texto, la vida cotidiana y la necesidad de la filosofía quedan muy bien expuestas y establecidas.

Texto:

Diógenes Laercio. (2021). *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*. Madrid: Alianza, (49-58).

5. Diógenes Laercio

Vidas y opiniones de los filósofos ilustres

Sobre Tales de Mileto

22. Tales, según escriben Herodoto, Duris y Demócrito, tuvo por padre a Examio, y por madre a Cleobulina, de la familia de los Telidas, que son fenicios muy nobles descendientes de Cadmo y de Agenor, como dice también Platón. Fue el primero que tuvo el nombre de sabio, cuando se nombraron así los siete, siendo arconte en Atenas Damasipo, según escribe Demetrio Falero en el *Catálogo de los arcontes*. Fue hecho ciudadano de Mileto, habiendo ido allí en compañía de Neleo, que fue echado de Fenicia; o bien, como dicen muchos, fue natural de la misma Mileto y de sangre noble.

23. Después de los negocios públicos se dio a la especulación de la Naturaleza. Según algunos, nada dejó escrito; pues la *Astrología náutica* que se le atribuye dicen es de Foco Samio. (Calímaco le hace inventor de la Ursa menor, diciendo en sus yambos:

Del Carro fue inventor, cuyas estrellas
dan rumbo a los fenicios navegantes.)

Pero, según otros, escribió dos cosas que son: *Del regreso del sol de un trópico a otro*, y *Del equinoccio*; lo demás -dijo- era fácil de entender. Algunos dicen que fue el primero que cultivó la Astrología, y predicó los eclipses del sol y mudanzas del aire, como escribe Eudemón en su *Historia astrológica*; y que por esta causa lo celebraron tanto Jenófanes y Heródoto. Lo mismo atestiguan Heráclito y Demócrito.

24. Tiénelo muchos por el primero que defendió la inmortalidad del alma; de este número es el poeta Quérilo. Fue el primero que averiguó la carrera del sol de un trópico a otro; y el primero que, comparando la magnitud del sol con la de la luna, manifestó ser ésta setecientos veinte veces menor que aquél, como escriben algunos. El primero que llamó *tpiakása* (triacada) la tercera década del mes; y también el primero, según algunos, que disputó de la Naturaleza. Aristóteles e Hipias dicen que Tales atribuyó alma a cosas inanimadas, demostrándolo por la piedra imán y por el electro. Pánfilo escribe que habiendo aprendido de los egipcios la Geome-

tría, inventó el triángulo rectángulo en un semicírculo, y que sacrificó un buey por el hallazgo. Otros, lo atribuyen a Pitágoras, uno de los cuales es Apolodoro logístico. También promovió mucho lo que dice Calímaco en sus *Yambos* haber hallado Euforbo Frigio, a saber, el triángulo escaleno, y otra: cosas concernientes a la especulación de las líneas.

25. Parece que en asuntos de gobierno fueron sus consejos muy útiles; pues habiendo Creso enviado embajadores a los de Mileto solicitando su confederación en la guerra contra Ciro, lo estorbó Tales, lo cual, salido Ciro victorioso, fue la salvación de Mileto. Refiere Clitón que fue amante de la vida privada y solitaria como leemos en Heráclides. Dicen algunos que fue casado, y que tuvo un hijo llamado Cibiso; otros, afirman que vivió célibe y adoptó un hijo de su hermana y que preguntado por qué no procreaba hijos, respondió que “por lo mucho que deseaba tenerlos”. Cuéntase también que apretándole su madre a que se casase, respondió que todavía era temprano; y que pasados algunos años, urgiendo su madre con mayores instancias, dijo que ya era tarde. Escribe Jerónimo de Rodas, en el “Libro II” *De las cosas memorables*, que queriendo Tales manifestar la facilidad con que podía enriquecerse, como hubiese conocido que había de haber presto gran cosecha de aceite, tomó en *arriendo* muchos olivares y ganó muchísimo dinero.

26. Dijo que “el agua es el primer principio de las cosas; que el mundo está animado y lleno de espíritus”. Fue inventor de las estaciones del año y asignó a este trescientos sesenta

y cinco días. No tuvo maestro alguno, excepto que viajando por Egipto se familiarizó con los sacerdotes de aquella nación. Jerónimo dice que midió las pirámides por medio de la sombra, proporcionándola con la nuestra cuando es igual al cuerpo. Y Minies afirma que vivió en compañía de Trasíbulo, tirano de Mileto.

27. Sabido es lo del trípode que hallaron en el mar unos pescadores, y el pueblo de Mileto lo envió a los sabios. Fue el caso que ciertos jóvenes jonios compraron a unos pescadores de Mileto un lance de red, y como en ella sacasen un trípode, se movió controversia sobre ello, hasta que los milesios consultaron el oráculo de Delfos, cuya deidad respondió:

¿A Febo preguntáis, prole milesia,
cuyo ha de ser el trípode? Pues dadle
a quien fuere el primero de los sabios.

Diéronlo, pues, a Tales; Tales lo dio a otro sabio; éste a otro, hasta que paró en Solón; el cual, diciendo que “Dios era el primer sabio”, envió el trípode a Delfos.

28. De otra manera cuenta esto Calímaco en sus *Yambos*, como tomado de Leandrio Milesio. “Cierta arcade -dice- llamado Baticles, dejó una taza para que se diera al primero de los sabios. Habiéndola dado a Tales, y vuelta al mismo hecho el giro de los demás sabios, la dio a Apolo Didimeo, diciendo, según Calímaco:

Gobernando Nileo a los milesios
 hizo a Dios Tales este don precioso
 que dos veces había recibido.

Lo cual, narrado en prosa, dice: “Tales Milesio, hijo de Examio, dedicó a Apolo Delfico este ilustre don que había recibido dos veces de los griegos”. El que llevó la taza de unos sabios a otros era hijo de Batilo, y se llamaba Tiri6n, como dice Eleusis en el libro *De Aquiles*, y Alejo Mindio en el nono *De las cosas fabulosas*.

29. Eudoxo Cnido y Evantes Milesio dicen que Creso dio una copa de oro a cierto amigo para que la regalase al m6s sabio de Grecia y que, habi6ndola dado a Tales, de uno en otro sabio vino a parar a Quil6n. Preguntado Apolo “quien fuese m6s sabio que Quil6n”, respondi6 que Mis6n. De 6ste hablaremos m6s adelante. Eudoxo pone a Mis6n por Cle6bulo, y Plat6n lo pone por Periandro. La respuesta de Apolo fue:

Cierto Mis6n Eteo, hijo de Queno,
 en la ciencia sublime es m6s perito.

Quien hizo la presunta fue Anacarsis. D6maco Plateense y Clearco dicen que Creso envi6 la taza a Pitaco, y de 6l gir6 por los otros sabios; pero Andr6n tratando del tr6pode afirma que los argivos pusieron el tr6pode por premio de la virtud al m6s sabio de los griegos y habiendo sido juzgado tal Aristodemo Esparciata, 6ste lo cedi6 a Quil6n. Hace Alceo memoria de Aristodemo en esta forma:

Pronunció el Esparciata Aristodemo
 aquella nobilísima sentencia:
 “El rico es sabio; el pobre, nunca bueno”.

30. Algunos dicen que Periandro envió a Trasíbulo, tirano de Mileto, una nave cargada, y habiendo zozobrado en los mares de Cos, hallaron después el trípode, unos pescadores. Pero Fanódico escribe que fue hallado en el mar de Atenas, remitido a la ciudad, y por decreto público enviado a Biante. El porqué se dirá cuando tratemos de Biante. Otros dicen que lo fabricó Vulcano, y lo regaló a Pélope el día de sus nupcias; que vino a quedar en poder de Menelao; que lo robo Alejandro con Helena, y, finalmente, Lácenos lo arrojó al mar de Cos, diciendo que ser causa de discordia. Después, habiendo unos de los pescadores un lance de red y cogido el trípode, se movió contienda sobre ello. Llegaron a Coa las querellas; pero como nada se decidiese, dieron parte a Mileto, que era la capital. Enviaron los milesios comisionados para que ajustasen aquel negocio, pero no habiendo podido conseguirlo, tomaron las armas contra Cos. Viendo que morían muchos de una y otra parte dijo el oráculo “se diese el trípode al varón más sabio”, y ambas partes convinieron en darlo a Tales. Éste, después que circuló por los demás y volvió a su mano lo dedicó a Apolo Didimeo. A los de Cos les dio oráculo esta respuesta:

No cesará de Cos y de Mileto
 la famosa contienda, mientas tanto

que ese trípode de oro (que Vulcano
tiro al mar) no sacáis de vuestra patria
y llega a casa del varón que sepa
lo pasado, presente y venidero.

Y a los milesios, dijo:

¿A Febo preguntáis, prole milesia...?
como ya dijimos. Pero de esto ya basta.

31. Hermipo en las *Vidas* atribuye a Tales lo que otros refieren de Sócrates. “Decía -escribe Hermipo- que por tres cosas daba gracias a la fortuna: la primera, por haber nacido hombre y no bestia; segunda, varón y no mujer; tercera, griego y no bárbaro”. Refiérese que habiéndole una vieja sacado de casa para que observase las estrellas, cayó en un hoyo, y como se quejase de la caída, le dijo la vieja: ¡Oh, Tales, tú presumes ver lo que está en el cielo, cuando no ves lo que tienes a los pies! Ya notó Timón que fue muy aplicado a la Astronomía, y le nombra en sus *Sátiras*, diciendo:

Así como el gran Tales
astrónomo fue y sabio entre los siete.

No escribió más, según dice Lobón Argivo, que hasta unos doscientos versos; y que a su retrato se pusieron estos:

Tales es el presente a quien Mileto
 en su seno nutrió; y hoy le dedica,
 copio el mayor astrónomo, su imagen.

Entre los versos *adomenos*, estos son de Tales:

Indicio y seña de ánimo prudente
 nos da, quien habla poco.
 Alguna cosa sabía,
 alguna cosa ilustre elige siempre:
 Quebrantarás así locuacidades.

32. Por suyas se cuentan estas sentencias: “De los seres, el más antiguo es Dios, por ser ingénito; el más hermoso es el mundo, por ser obra de Dios; el más grande es el espacio, porque lo encierra todo; el más veloz es el entendimiento, porque corre por todo; el más fuerte es la necesidad, porque todo lo vence; el más sabio es el tiempo, porque todo lo descubre”. Dijo que “entre la muerte y la vida no hay diferencia alguna”; y arguyéndole uno diciendo: “Pues ¿por qué no te mueres tú?”, respondió: “Porque no hay diferencia”. A uno que deseaba saber quién fue primero, la noche o el día, respondió: “La noche fue un día antes que el día”. Preguntándole otro si los dioses veían las injusticias de los hombres, respondió: “Y aun hasta los pensamientos”. A un adúltero que le preguntó si juraría no haber adulterado, respondió: “Pues ¿no es peor el perjurio que el adulterio?”.

33. Preguntado qué cosa es difícil, respondió: “El conocerse a sí mismo”. Y también, qué cosa es fácil, dijo: “Dar consejo a otros”. ¿Qué cosa es suavísima? “Conseguir lo que se desea”. ¿Qué cosa es Dios? “Lo que no tiene principio ni fin”. ¿Qué cosa vemos raras veces? “Un tirano viejo”. ¿Cómo sufrir uno más fácilmente los infortunios? “Viendo a sus enemigos peor tratados de la fortuna”. ¿Cómo viviremos mejor y más santamente? “No cometiendo lo que reprendemos en otros”. ¿Quién es feliz? “El sano de cuerpo, abundante en riquezas y dotado de Entendimiento”. Decía que “nos debemos acordar de los amigos ausentes tanto como de los presentes”. Que no el hermohear el exterior es cosa loable, sino el adornar el espíritu con las ciencias. “No te enriquezcas - decía también- con injusticias; ni publiques secreto que se te ha fiado. El bien que hicieres a tus padres, espéralo de tus hijos”. Fue de opinión que las inundaciones del Nilo son causadas por los vientos etesios que soplan contra la corriente.

34. Dice Apolodoro, en sus *Crónicas*, que Tales nació en el primer año de la Olimpiada XXXV, y murió a los setenta y ocho de edad, o bien el noventa, habiendo fallecido en la Olimpiada LVIII, como escribe Sócrates. Vivió en los tiempos de Creso, a quien prometió le haría pasar el río Halis sin puente, esto es, dirigiendo las aguas por otro álveo.

35. Tales el sabio murió estando en unos espectáculos gimnásticos, afligido del calor, sed y debilidad propia, por ser ya viejo. En su sepulcro se puso este epigrama:

Túmulo esclarecido, aunque pequeño,
es éste; pues encierra la grandeza
de los orbes celestes, que abreviados
tuvo en su entendimiento el sabio Tales.

Otro hay mío en el libro I de los *Epigramas*, o *Colección de metros*, y es:

Las gimnásticas luchas observando
atento en el estadio el sabio Tales,
arrebatóle Júpiter Eleo.
Bien hizo en acercarle a las estrellas,
cuando por la vejez ya no podía
las estrellas mirar desde la tierra.

De Tales es aquella sentencia: “Conócete a ti mismo”, aunque Antístenes, en las *Sucesiones*, dice es de Femonoe, y se la arrogó Quilón.

II. LA FILOSOFÍA Y SU RELACIÓN CON EL SER HUMANO

6. Aristóteles

Protréptico. Una exhortación a la filosofía

Como el mismo nombre lo señala, el *Protréptico* de Aristóteles es una verdadera invitación al estudio y práctica de la filosofía. Deudor de la filosofía platónica, el texto nos insta a considerar a la filosofía como una guía consistente y auténtica a la ejercitación de la sabiduría. El contenido que se presenta en el escrito en sí mismo es introductorio, pero puede notarse, desde su inicio, la sólida argumentación a favor del ejercicio de la vida reflexiva y racional.

Aristóteles sostiene, entre otras ideas, que si el ser humano aspira a la felicidad, entonces esa inclinación debe estar, necesariamente, relacionada con la filosofía. La vida contemplativa conlleva a la práctica del bien. En este caso, aquellos que dedican, en alguna medida, sus esfuerzos al logro de la

sabiduría tendrán repercusiones que no se podrán obtener por ninguna otra vía. Aristóteles señala, con cierta insistencia, que la racionalidad del ser humano debe acrecentarse mediante la educación, el *Protréptico* abona en este sentido.

Queda claro que, al final de la lectura del texto aristotélico, el ser humano, en favor de su alma y de su bien, debe dedicarse a la reflexión filosófica y ejercitarse en aquello que le permita perfeccionar su esencia lo mejor posible.

Texto:

Aristóteles. (2006). *Protréptico. Una exhortación a la filosofía*. Madrid: Abada, (pp. 49-83).

6. Aristóteles

Protréptico. Una exhortación a la filosofía

A Temisonte

1

Protréptico de Aristóteles, que éste escribió a Temisonte, el rey de los chipriotas, diciendo que nadie tenía más cualidades para cultivar la filosofía, y es que, en efecto, éste tenía una enorme riqueza, de modo que podía gastar en estas cosas, y además gozaba de estimación.

2

El amor por los bienes externos les impide hacer alguno de los deberes que se han propuesto. Por eso, se debe evitar la desgracia que vemos en esos hombres y pensar que la felicidad no depende tanto de poseer muchos bienes como del estado en que se encuentra el alma. Pues nadie diría que es dichoso el cuerpo adornado con un vestido reluciente, sino el que tiene salud y se halla en buen estado, aun cuando no tenga ninguna de las cosas que acabamos de mencionar; y del mismo modo, si un alma ha sido educada, a tal alma y a tal hombre habría que llamarlo feliz, no al que está espléndidamente provisto de cosas externas, no siendo él mismo de ninguna valía. Como tampoco pensamos que sea de algún valor un caballo tal que, aun teniendo bridas de oro y un lujoso arnés, sea vulgar, sino que alabamos más al que se halla en buenas condiciones.

3

Además de lo dicho, ocurre a quienes no tienen ninguna valía que, cuando alcanzan a poseer una fortuna, consideran sus posesiones incluso más valiosas que los bienes del alma, y eso es lo más infame de todo. Pues igual que resultaría ridículo que alguien fuera inferior a sus sirvientes, se ha de considerar miserables del mismo modo a quienes les resulta más valiosa su hacienda que su propia naturaleza.

4

Y esto es verdaderamente así, pues, como dice el proverbio, la saciedad cría insolencia, y la incultura con poder, insensatez. En efecto, para quienes tienen en mal estado las cosas del alma no son bienes ni la riqueza, ni la fortaleza, ni la belleza, sino que cuanto mayor es el exceso en que poseen estas condiciones, tanto más intensa y frecuentemente trastornan a su propietario, si no van acompañadas de sabiduría. Pues “al niño, ningún cuchillo”, es decir, no entregar el poder a los viles.

5

Y todos coincidirán en que la sabiduría surge de aprender e indagar aquellas cosas cuya posibilidad “de ser aprendidas e indagadas” la ha otorgado la filosofía, de modo que hay que cultivar la filosofía inexcusablemente...

6

... Se denomina “cultivar la filosofía” tanto a examinar esto mismo, si es menester cultivar la filosofía o no, como a dedicarse a la especulación filosófica.

7

[Y puesto que dialogamos con hombres y no con los que tienen en posesión una suerte de vida divina, se deben mezclar tales exhortaciones con las invitaciones a la vida pública y activa. Digamos, pues, lo siguiente.]

8

[Las cosas que sirven de base para nuestra vida, como el cuerpo y las cosas relativas al cuerpo, nos sirven a modo de instrumentos, pero su uso es peligroso, y produce más el efecto contrario en los que los usan indebidamente. Se debe, por tanto, aspirar al conocimiento, adquirirlo y usarlo convenientemente, pues por medio de él tendremos en buen orden todas esas cosas. Debemos, entonces, cultivar la filosofía, si vamos a participar con rectitud en los asuntos públicos y llevar nuestra vida con provecho.]

9

Hay, además, unas ciencias que producen cada uno de los beneficios de la vida y otras que se sirven de las primeras; hay unas subordinadas y otras directivas; y en estas últimas reside, como si tuvieran más capacidad rectora, lo que es realmente bueno. Por tanto, si sólo la ciencia que tiene la rectitud de juicio, que usa la razón y que estudia la totalidad del bien, que es la filosofía, puede por naturaleza servirse de todas “las demás ciencias” y dirigirlas, hay que cultivar la filosofía de cualquier modo, puesto que sólo la filosofía contiene en sí el recto juicio y una sabiduría directriz infalible.

10

[Comenzando desde el principio, desde el propósito de la naturaleza, procedamos con la invitación misma “a la filosofía” del modo siguiente.]

11

De las cosas que se generan, unas nacen de una planificación y de un arte, como una casa o una nave (pues un arte y una planificación es causa de estas dos cosas), mientras que otras no nacen en virtud de ningún arte, sino por naturaleza; en efecto, la naturaleza es causa de animales y plantas, y todas las cosas de esta clase nacen conforme a la naturaleza. Sin embargo, algunas también surgen por azar, pues de cuantas no nacen ni por arte ni por naturaleza ni por necesidad, la mayoría decimos que surgen por azar.

16

Además, los animales están entre los seres nacidos por naturaleza y conforme a ella, si no todos, al menos los mejores y más perfectos; pues nada importa si alguien piensa que la mayoría de ellos han sido generados contra la naturaleza por alguna degeneración y vicio. Y el hombre es el más perfecto de los animales de aquí, de modo que resulta evidente que ha sido generado por naturaleza y conforme a ella.

17

Por tanto, si el fin de cada cosa es siempre mejor “que la cosa misma” (pues todas las cosas que se generan, se generan para un fin, y aquello para lo que “se generan” es mejor e incluso lo mejor de todas las cosas), y el fin conforme a la naturaleza es lo que, en la generación, es por naturaleza lo último en realizarse cuando la generación es llevada a cumplimiento sin

interrupción, entonces, lo relativo al cuerpo alcanza primero su fin en los hombres, y después lo relativo al alma, y el fin de lo que es mejor es siempre, de algún modo, posterior en la generación; luego el alma es posterior al cuerpo, y la sabiduría, la última de las facultades del alma, pues vemos que ella es por naturaleza lo último que se genera en los hombres, y, por eso, es el único de los bienes que reivindica la vejez; entonces, una cierta sabiduría es nuestro fin conforme a la naturaleza, y ser sabios lo último para lo cual hemos nacido. Así pues, si hemos nacido, es evidente que también existimos para saber y aprender algo.

18

¿Cuál de las realidades, entonces, es ésa para la que la naturaleza y la divinidad nos criaron? Preguntado esto a Pitágoras, respondió: “nos criaron para contemplar el cielo”, y solía decir que él mismo era un contemplador de la naturaleza y que para eso había venido a la vida.

19

Y también Anaxágoras, al ser preguntado para qué elegir a alguien nacer y vivir, dicen que respondió a la pregunta: “para contemplar el cielo y las cosas que hay en él, los astros, la luna y el sol”, como si todas las demás realidades no fueran de ningún valor.

20

Entonces, y según este argumento al menos, Pitágoras dijo con razón que todo hombre ha sido creado por la divinidad para conocer y contemplar. Pero que lo conocido sea el mundo o algún otro ser natural, habrá quizá que indagarlo más tarde; ahora nos es suficiente en principio con esto: si, en efecto, la sabiduría es conforme a la naturaleza, lo mejor de todo será ser sabio.

21

De modo que es preciso cultivar los demás bienes en vista de los que nacen en uno mismo, y de ellos, los que hay en el cuerpo en vista de los que hay en el alma, y la virtud en vista de la sabiduría, pues ésta es lo más elevado.

22

[Al mismo fin lleva también la siguiente argumentación.]

23

La naturaleza toda, como si estuviera dotada de razón, nada hace al acaso, sino todo en vista de algo, y, desterrando lo casual, vela más por el para qué que las artes, ya que las artes son “como sabemos” imitaciones de la naturaleza. Y dado que el hombre está compuesto, por naturaleza, de alma y cuerpo, y dado que el alma es mejor que el cuerpo y está siempre lo peor al servicio de lo mejor, también el cuerpo ha de estar en función del alma. Y dado que una parte del alma está “como

sabemos” dotada de razón, y la otra, que es inferior, no lo está, entonces la parte irracional está en función de la racional. Y como es en esta parte donde se halla el entendimiento, entonces la demostración nos fuerza a la conclusión de que todo está en función del entendimiento.

24

Ahora bien, las intelecciones son actos del entendimiento, es decir, son visiones de las cosas inteligibles, del mismo modo que ver las cosas visibles es acto de la vista. Por tanto, todas las cosas deseables para el hombre lo son en función de la intelección y del entendimiento, si es que, efectivamente, las demás cosas son deseables en función del alma, el entendimiento es la mejor de las partes del alma, y están las demás cosas constituidas en vista de lo mejor.

25

Por otro lado, y entre los pensamientos, son libres “como sabemos” los que son deseables por ellos mismos, y semejantes a esclavos los que hacen descansar el conocimiento en otras cosas. En todos los casos, es superior lo que es por causa de sí mismo que lo que es por causa de otro, ya que también lo que es libre es superior a lo que no es tal.

27

De este modo, los pensamientos que son deseables por la sola y pura contemplación son superiores y de más valor que los

empleados para otras cosas. Las contemplaciones son valiosas por sí mismas y además es deseable en ellas la sabiduría propia del entendimiento, mientras que las dependientes de la sensatez son deseables por las acciones “que de ellas derivan”, de modo que lo bueno y valioso se halla en las contemplaciones dependientes de la sabiduría, no ciertamente en unas contemplaciones cualesquiera. [En efecto, no toda comprensión es valiosa sin más, sino que sólo la comprensión del que es sabio gobernando y la que tiene por objeto el principio del universo podría considerarse con propiedad próxima a la sabiduría].

28

El hombre, pues, despojado de sensación y de entendimiento, se vuelve semejante a una planta; despojado sólo de entendimiento, se embrutece; mas despojado de irracionalidad, pero manteniendo el entendimiento, se iguala a la divinidad.

31

[Además, puesto que todos preferimos lo posible y lo útil, hay que demostrar que ambas propiedades se dan en la filosofía, y que la dificultad de su adquisición es menor que la importancia de su utilidad, pues todos nos esforzamos con más gusto por conseguir lo más fácil].

34

De modo que, si el alma es mejor que el cuerpo —pues es de naturaleza más imperativa—, y respecto del cuerpo hay artes

y saberes como la medicina y la gimnástica —pues las consideramos ciencias y afirmamos que algunos las poseen— es evidente que también hay una disciplina y un arte para el alma y sus virtudes, y que somos capaces de adquirirlos, si también lo somos respecto de cosas de las que nuestra ignorancia es mayor y que son más difíciles de conocer.

37

Respecto de que hay una ciencia de la verdad y de la virtud del alma, y de que somos capaces de adquirir estas cosas, quede dicho esto por nuestra parte.

38

Pero que “la sabiduría” es el mayor de los bienes y más provechoso que cualquiera de los restantes, queda claro de lo siguiente: todos coincidimos en que debe imperar el más virtuoso y el de naturaleza más capaz, pero que sólo la ley que impera debe ser soberana, la cual es una forma de sabiduría, además de expresión de ésta.

39

Asimismo, ¿qué modelo o ejemplo más exacto tenemos de lo que son los bienes que el sabio? Pues cuantas cosas elige éste, cuando las elige conforme a su conocimiento, son bienes y sus contrarias, males.

40

Ahora bien, puesto que lo que prefieren todos en mayor medida son las cosas concordantes con sus propios modos de ser—esto es, el justo, vivir según la justicia; el que tiene hombría, “vivir” conforme a su hombría; y el prudente, tener prudencia—, del mismo modo, es evidente también que el sabio preferirá, sobre todo, tener sabiduría, pues ésta es la función “propia” de esa facultad. Por tanto, es patente que la sabiduría es el más importante de los bienes, según el juicio de más autoridad.

41

Se puede observar lo mismo de forma aún más reconocible en lo siguiente: tener sabiduría y conocimiento es deseable en sí mismo para los hombres —pues no es posible vivir como hombres sin ambas cosas—, y es útil para la vida, pues nada bueno nos ocurre que no se realice tras haberlo razonado y producido según la sabiduría. [Y ciertamente, ya consista el vivir feliz en tener gozo, en poseer la virtud o en la sabiduría, hay que cultivar la filosofía en todos estos supuestos, pues éstos nos ocurren en mayor medida y de forma clara, a través del cultivo de la filosofía.]

45

[Así pues, avanzando a partir del propósito de la naturaleza, hemos exhortado a tener sabiduría, puesto que es algo bueno y valioso por sí mismo, aun cuando nada útil resulte de ella para la vida humana].

46

No obstante, que la sabiduría teórica proporciona también a nuestra vida humana los mayores beneficios, sé descubrir fácilmente atendiendo a las artes. En efecto, igual que todos los médicos competentes y la mayoría de los maestros de gimnasia convienen en que es preciso para los que van a ser buenos médicos y maestros de gimnasia que sean expertos en lo tocante a la naturaleza, así también se precisa que los buenos legisladores sean expertos en naturaleza, y mucho más que aquéllos. Pues los primeros sólo son artífices de la excelencia del cuerpo, mientras los segundos, que lo son de las excelencias del alma y pretenden enseñar acerca de la felicidad e infelicidad de la ciudad, tienen además una mayor necesidad de la filosofía.

51

Esta ciencia es, pues, teórica, pero nos permite ser artífices de todas las cosas de acuerdo con ella. Pues así como la vista no es productora ni artífice de nada —pues su única función es la de distinguir y mostrar cada cosa visible—, pero nos permite obrar gracias a su apoyo y nos presta la mayor ayuda en nuestras acciones —pues estaríamos casi del todo inmovilizados si nos viéramos privados de ella—, del mismo modo, es evidente que, aunque esta ciencia es teórica, realizamos no obstante miles de acciones de acuerdo con ella: aceptamos “realizar” unas, evitamos otras y, en general, obtenemos todo lo bueno gracias a ella.

53

No se debe, pues, rehuir la filosofía, si es que la filosofía es, como pensamos, adquisición y uso de sabiduría, y la sabiduría es uno de los mayores bienes; ni tampoco se debe navegar hasta las columnas de Hércules y arrostrar múltiples peligros en busca de ganancias, y por la sabiduría, ni esforzarse ni gastar. Ciertamente, es propio de un esclavo codiciar y vivir sin el deseo de vivir bien; seguir las opiniones de la mayoría sin apreciar que la mayoría siga las de él; y buscar ganancias, pero no poner ningún cuidado en las cosas buenas.

7. Epicuro

Epístola de Epicuro a Meneceo

Epicuro (del 341 al 270 a. C.) había nacido en Samos, pero por derecho familiar era ateniense. Desde muy joven va a Atenas a cumplir con sus deberes militares y se hace amigo de Menandro, el comediógrafo. Fue introducido al atomismo por su maestro Nausífanos en la ciudad de Teos, en la vieja costa jonia de Asia Menor. Una vez madurada su filosofía, enseña en Mitilene, como lo había hecho Aristóteles algunos años antes. Después marcha a Atenas para competir con las escuelas platónica y aristotélica.

Bien sabemos de Epicuro gracias a Diógenes Laercio que biografió gran parte de su vida intelectual y vital. Como este último señala, el filósofo de Samos enseñó en Atenas casi la mitad de su vida, treinta y cinco años. Famoso fue su mítico Jardín, en el que los discípulos se consagraban exclusivamente a la vida filosófica y contemplativa. Mediante esas enseñan-

zas epicúreas lo único que quedaba claro era que la felicidad humana sólo podría ser terrena.

La *Carta a Meneceo* epicúrea es, como se puede notar en la selección de textos de esta parte de la presente antología, una exhortación consistente a la práctica cotidiana de la filosofía como forma de comprender y vivir en este mundo. El ser humano debe ser feliz y la filosofía, no queda duda después de leer el texto, será el gran recurso intelectual que pueda orientarnos en su prosecución.

Texto:

Epicuro. (2022). *Obras completas*. Madrid: Cátedra, (pp. 87-92).

7. Epicuro

Epicuro saluda a Meneceo

122. Ni por ser joven demore uno interesarse por la verdad ni por empezar a envejecer deje de interesarse por la verdad. Pues no hay nadie que no haya alcanzado ni a quien se le haya pasado el momento para la salud del alma. Y quien asegura o que todavía no le ha llegado o que ya se le ha pasado el momento de interesarse por la verdad es igual que quien asegura o que todavía no le ha llegado o que ya se le ha pasado el momento de la felicidad. De modo que debe interesarse por la verdad tanto el joven como el viejo, aquél para al mismo tiempo que se hace viejo rejuvenecerse en dicha por la satisfacción de su comportamiento pasado, y éste para al mismo tiempo que es

viejo ser joven por su impavidez ante el futuro. Así, pues, es menester practicar la ciencia que trae la felicidad si es que, presente ésta, tenemos todo, mientras, si está ausente, hacemos todo por tenerla.

123. Los consejos que continuamente he venido dándote en mis cartas, prácticalos y cúmplelos, interpretando que esos son los elementos básicos de una vida hermosa. Ante todo, considera que dios es un ser inmortal y feliz, como así fue grabada en el alma de todo el mundo la idea de dios, y no le apliques ningún concepto extraño a su inmortalidad ni ninguno impropio de su felicidad. Al contrario, da por buena para con él toda idea que sea capaz de conservar su felicidad unida a su inmortalidad. Los dioses, en efecto, existen, pues su identificación es clara, pero no son como el común de las gentes se los imagina, puesto que no los mantienen a salvo de objeciones al considerarlos como los consideran. E impío es no el que desbarata los dioses del común de las gentes, sino el que aplica a los dioses las creencias que de ellos tiene el común de las gentes.

124. Pues no son prenociones sino falsas suposiciones las declaraciones del común de las gentes sobre los dioses, concepción de los dioses de la que se derivan los más grandes daños para los que tienen de ellos una mala interpretación, y los más grandes bienes para los que la tienen buena. Pues familiarizados en todo momento con sus propias virtudes aceptan a los que son iguales a ellos, considerando cosa extraña todo lo que no es así. Acostúmbrate a pensar que la muerte

no tiene nada que ver con nosotros, porque todo bien y todo mal radica en la sensación, y la muerte es la privación de sensación. De ahí que la idea correcta de que la muerte no tiene nada que ver con nosotros hace gozosa la mortalidad de la vida, no porque añada un tiempo infinito sino porque quita las ansias de inmortalidad.

125. Pues no hay nada temible en el hecho de vivir para quien ha comprendido auténticamente que no acontece nada temible en el hecho de no vivir. De modo que es estúpido quien asegura que teme la muerte no porque hará sufrir con su presencia, sino porque hace sufrir con su inminencia. Pues lo que con su presencia no molesta sin razón alguna hace sufrir cuando se espera. Así pues, el mal que más pone los pelos de punta, la muerte, no va nada con nosotros, justamente porque cuando existimos nosotros la muerte no está presente, y cuando la muerte está presente entonces nosotros no existimos. Por tanto, la muerte no tiene nada que ver ni con los vivos ni con los muertos, justamente porque con aquellos no tiene nada que ver y éstos ya no existen. Por otro lado, el común de las gentes unas veces huye de la muerte por considerarla la más grande de las calamidades y otras veces la añora como solución a las calamidades de la vida.

126. Pero el sabio ni rehúsa vivir ni teme no vivir, pues ni le ofende el vivir ni se imagina que es un mal el no vivir. Y de la misma manera que de la comida no prefiere en absoluto la más abundante sino la más agradable, así también disfruta del tiempo no del más largo sino del más agradable. El que

exhorta al joven a que viva bien y al viejo a que termine bien es necio no sólo por lo apetitoso de la vida sino también porque el entrenamiento para vivir bien y para morir bien es el mismo. Pero es mucho peor incluso el que asegura “hermosa cosa es no haber nacido y, de haber nacido, franquear lo antes posible las puertas del Hades”.

127. Pues si dice esto convencido ¿cómo no se va de la vida? Ya que esa solución está a disposición suya, si es que era cosa firmemente decidida por él, y si lo dice por hacerse el gracioso resulta un estúpido para quienes no se lo admiten. Debemos recordar que el futuro ni es nuestro totalmente, ni totalmente no nuestro, para que ni lo aguardemos como que inexorablemente llegará ni desesperemos de él como que inexorablemente no llegará. Debemos darnos cuenta, por un acto de reflexión, de que los deseos unos son naturales, y otros vanos, y que los naturales unos necesarios y otros naturales sin más. Y de los necesarios unos son necesarios para la felicidad, otros para el bienestar del cuerpo, y otros para la propia vida.

128. Pues una interpretación acertada de esta realidad sabe condicionar toda elección y repulsa a la salud del cuerpo y a la imperturbabilidad del alma, ya que éste es el fin de una vida dichosa. Pues todo lo que hacemos lo hacemos por esto, para no sentir dolor ni temor. Y una vez que este objetivo se cumple en nosotros, se disipa todo tormento del alma, al no tener la persona que ir en busca de algo que le falta ni buscar otra cosa con la que se completará el bien del alma y el del cuerpo. Pues tenemos necesidad de gozo sólo en el momento

en que sentimos dolor por no estar con nosotros el gozo, pero cuando no sentimos dolor ya no estamos necesitados de gozo. Por esta razón afirmamos que el gozo es el principio y el fin de una vida dichosa.

129. Pues hemos comprendido que ése es el bien primero y congénito a nosotros, y condicionados por él emprendemos toda elección y repulsa y en él terminamos, al tiempo que calculamos todo bien por medio del sentimiento como si fuera una regla. Y en razón de que ése es el bien primero y connatural a nosotros, por eso mismo tampoco aceptamos cualquier gozo, sino que hay veces que renunciamos a muchos gozos cuando de éstos se derivan para nosotros más dolores que gozos, y hay veces que consideramos muchos dolores mejores que los gozos, concretamente cuando, tras haber soportado durante mucho tiempo los dolores, nos sigue un gozo mayor. Así pues, todo gozo es cosa buena, por ser de una naturaleza afín a la nuestra, pero, sin embargo, no cualquiera es aceptable. Exactamente igual que también todo dolor es cosa mala, pero no cualquiera debe ser rechazado siempre por principio.

130. Al contrario, procede considerar todas estas cuestiones por comparación y examen de sus ventajas e inconvenientes. Pues en determinadas ocasiones hacemos un uso malo del bien, y otras por el contrario un uso bueno del mal. También consideramos el propio contento de las personas un gran bien, no para conformarnos exclusivamente con poco, sino con objeto de que, si no tenemos mucho, nos conformemos con poco,

auténticamente convencidos de que sacan de la suntuosidad el gozo mayor quienes tienen menos necesidad de él, y de que todo lo natural es fácil de procurar y lo superfluo difícil de procurar. Y los gustos sencillos producen igual satisfacción que un tren de vida suntuoso, siempre y cuando sea eliminado absolutamente todo lo que hace sufrir por falta de aquello.

131. El pan y el agua procuran la más alta satisfacción cuando uno que está necesitado de estos elementos los logra. Así, pues, el habituarse a un género de vida sencillo y no suntuoso es un buen medio para rebosar de salud, y hace que el hombre no se arredre ante los obligados contactos con la vida, y nos dispone mejor hacia lo suntuoso cuando después de una falta prolongada nos acercamos a ello, y nos hace intrépidos ante el azar. Así pues, cuando afirmamos que el gozo es el fin primordial, no nos referimos al gozo de los viciosos y al que se basa en el placer, como creen algunos que desconocen o que no comparten nuestros mismos puntos de vista o que nos interpretan mal, sino al no sufrir en el cuerpo ni estar perturbados en el alma.

132. Pues ni las bebidas ni las juergas continuas ni tampoco los placeres de adolescentes y mujeres ni los del pescado y restantes manjares que presenta una mesa suntuosa es lo que origina una vida gozosa sino un sobrio razonamiento que, por un lado, investiga los motivos de toda elección y rechazo y, por otro, descarta las suposiciones, por culpa de las cuales se apodera de las almas una confusión de muy vastas proporciones. El principio para lograr todo esto y el bien más grande

es la sensatez. Por lo cual, bien máspreciado que el mismo amor a la verdad resulta la sensatez, de la que se derivan todas las demás virtudes, porque enseña que no es posible vivir gozosamente sin hacerlo sensata y hermosamente y de forma justa ni tampoco sensata y hermosamente y de forma justa sin hacerlo gozosamente. Pues las virtudes están unidas por principio al hecho de vivir gozosamente, y el hecho de vivir gozosamente es inseparable de ellas.

133. Porque ¿quién crees que es mejor que quien tiene una idea piadosa de los dioses y se encuentra en todo momento sin miedo a la muerte y ha considerado cuál es el fin a que tiende la Naturaleza, y entiende que el colmo de los bienes es fácil de conseguir y de procurar, y que el de los males exige escaso tiempo y trabajo, y que se sonríe del ser introducido por algunos como tirano de todas las cosas, el Destino?... Ese rechaza la opinión de los que sostienen que unas cosas suceden por necesidad, que otras son fruto del azar y que otras dependen de nosotros, porque ve que la necesidad no da cuenta de los hechos que se le atribuyen, y que el azar es inestable, mientras que lo que depende de nosotros está libre de imposiciones de amo, por lo cual es natural que a lo que depende de nosotros le acompañe como un doble el reproche y la alabanza.

134. Porque era mejor atenerse a la explicación mítica de los dioses que ser esclavo del Destino propugnado por los naturalistas, pues aquélla subraya la esperanza de ofrecer disculpas a los dioses tributándoles honores, y en cambio el Destino contiene en sí una necesidad inexorable. Y al no

tomar al Destino por un dios, como la mayor a de la gente considera (pues nada es hecho por dios a tontas y a locas), ni tampoco por causa de todas las cosas dada su condición inestable (pues no cae en la incoherencia de creer, por un lado, que no es aportado por éste para una vida dichosa de los hombres bien o mal alguno, y de creer, por otro, que si son suministrados por él los principios de grandes bienes o males) considera que es mejor errar por atenerse a la razón que acertar por no atenerse a la razón (pues en los hechos humanos es mejor que yerre el juicio que ha sido bien examinado antes que resulte correcto el examinado mal por culpa de éste). Así pues, practica día y noche estas enseñanzas y las afines a éstas contigo mismo y con el que sea igual que tú, y jamás, ni en la vida real ni en los sueños, estarás preocupado, sino que vivirás como un dios entre los hombres. Pues no se parece nada a un ser que tiene una vida mortal el hombre que vive en medio de bienes inmortales.

8. Séneca

Carta XC

Elogio de la filosofía

El filósofo cordobés Lucio Anneo Séneca (4 a. C. al 64 d. C.) es, ante todo, un practicante de la filosofía. Político, orador y tutor del emperador Nerón, Séneca representa, sin duda alguna, el prototipo de sabio. El pensador romano no hizo de su trabajo intelectual y moral una búsqueda de la verdad: *philos-sophos*; más bien, hizo de la verdad una manera de estar y ser en el mundo, como recuerda María Zambrano. La verdad no es el fin de la sabiduría, sino que es la vida verdadera el modo en el que el ser humano debe habitar el mundo.

El texto que presentamos a continuación es, como el anterior, una invitación y exhortación a la filosofía como forma de vida. Entre consejos y máximas, esta carta a Lucilio nos lleva a confrontar lo que somos con la reflexión filosófica. Como podrá notarse, detrás de las palabras de Séneca no hay una compleja teoría filosófica, más bien nos encontramos con lo que somos.

Al terminar de leer a Séneca, la sensación que nos queda es reconfortante. La vida debe estar acompañada de la reflexión para que ésta pueda tener sentido, para que nuestros actos conformen nuestra manera de ser. Una idea ésta que recuerda, profundamente, la enseñanza socrática.

Texto:

Séneca. (1951). *Obras completas*. Cartas morales. México: UNAM, (pp. 127-151).

8. Séneca

Carta XC

Elogio de la filosofía

(1) Quién puede dudar, mi Lucilio, que el que vivamos es un don de los dioses inmortales y el que vivamos bien un don de la filosofía. Así es que tendría por cierto que debemos a ésta tanto más que a los dioses cuanto la buena vida es un beneficio mayor que la vida, si la misma filosofía no tuviese que ser atribuida a los dioses. No dieron a nadie su conocimiento, pero a todos la facultad de alcanzarlo.

(2) Pues si la hubieran hecho un bien común, naciendo todos prudentes, perder a la sabiduría lo mejor que tiene: no estar entre las cosas fortuitas. Porque lo que ahora hay en ella de precioso y magnífico es que no viene por casualidad, sino que cada cual ha de buscarla para sí mismo sin pedirla

a otro. ¿Qué tendrías que admirar en la filosofía si fuera un beneficio gratuito?

(3) Su única obra es investigar la verdad sobre las cosas divinas y humanas. De ella nunca se apartan la religión, la piedad, la justicia y todo el restante cortejo de virtudes entrelazadas y coherentes entre sí. Ella nos enseñó a honrar las cosas divinas, a amar las humanas, que de los dioses es el imperio y de los hombres la amistad. La cual durante algún tiempo permaneció inviolada, antes de que la avaricia deshiciera la sociedad y fuese causa de pobreza aun para aquéllos a los que hizo muy ricos. Porque dejaron de poseer todas las cosas al querer que algunas fueran propias suyas.

(4) Pero los primeros mortales y los que de ellos nacieron seguían sin corromperse a la naturaleza y tenían al mismo por jefe y por ley, entregados al arbitrio del mejor. Porque es obra de la naturaleza que los peores se sometan a los mejores. A los mudos rebaños los mandan los animales mayores o más valientes. No va por delante del ganado el toro degenerado, sino el que en grandeza y en músculos venció a los demás machos. La manada de elefantes la guía el más alto; entre los hombres el más grande es el mejor. Así es que por su ánimo se elegía el que había de gobernar, y por eso era tanta la felicidad de los pueblos en los que no podía ser más poderoso sino el que fuera mejor. Porque con seguridad puede todo cuanto quiere quien piensa que no puede sino lo que debe.

(5) Pues en aquella edad que llaman dorada, lo cree Posidonio que el poder estaba en manos de los sabios. Contenían

éstos la violencia y defendían a los débiles de los fuertes, persuadían y disuadían y enseñaban lo que era útil y lo que era inútil. Su prudencia proveía que no faltase nada a los suyos, su fortaleza apartaba los peligros y su beneficencia engrandecía y adornaba a sus súbditos. Mandar era un deber y no el ejercicio de la realeza. Nadie experimentaba lo que podía contra aquellos por los cuales había comenzado a poder, ni nadie tenía ánimo o intención de injuriar, puesto que se obedecía bien al que bien mandaba y con ningún mal mayor podía el rey conminar a sus súbditos que con el de desterrarlos del reino.

(6) Pero cuando al infiltrarse los vicios los reinos se convirtieron en tiranía, comenzó la necesidad de las leyes, las cuales en un principio las dieron los sabios. Solón, que cimentó a Atenas en un derecho equitativo, fue uno de los siete famosos sabios. Si Licurgo hubiese nacido en aquella edad, se hubiera añadido un octavo a aquel sagrado número. Se alaban las leyes de Zalenco y Carondas. Estos ni en el foro, ni en la casa de los jurisconsultos, sino en aquel callado y santo retiro de Pitágoras, aprendieron los derechos que habían de imponer en la entonces floreciente Sicilia y en la Italia Griega.

(7) Hasta aquí coincido con Posidonio; pero no le concederé que hayan sido inventadas por la filosofía las artes que usamos en la vida cotidiana, ni le atribuiré esta gloria artesana. Dice Posidonio: “Ella enseñó a construir casas a los que vagaban dispersos o se protegían en cuevas o en alguna roca hendida o en el tronco de algún árbol hueco”. Tampoco creo que la filosofía haya imaginado esas combinaciones de techos que se

levantan los unos sobre los otros y de ciudades pesando sobre otras ciudades, como ni esos viveros de peces encerrados

(8) para que la gula no corriese el peligro de las tempestades, y aunque el mar se embravezca tenga el lujo sus puertos donde cebe peces de todas clases. ¿Qué dices? ¿La filosofía enseñó a los hombres a tener llaves y cerraduras? ¿Qué hubiera sido eso sino dar señales de avaricia? ¿La filosofía suspendió esos techos tan peligrosos para los que bajo ellos habitan? Porque poca cosa era cubrirse al azar y dar con un refugio natural sin ningún arte ni dificultad, pero créeme que fue feliz aquel siglo antes de que hubiese arquitectos y constructores.

(9) Nacieron estos cuando nació el lujo, para cortar en cuadrado los troncos y hacer correr la sierra por las líneas trazadas con mano segura. Pues los primitivos cortaban con cuñas el hendible madero. Porque no se preparaban salones para recibir a los convidados al banquete, ni para esto se transportaban el pino y el abeto en larga hilera de carros haciendo trepidar las calles, para colgar en el techo un pesado artesonado de oro. Dos horcas, una a cada lado, sostenían la cabaña.

(10) Una espesa enramada y hojas amontonadas y dispuestas en declive hacían correr las lluvias, aunque fueran grandes. Bajo estos techos habitaron, pero seguros. La paja protegió a hombres libres; bajo el mármol y el oro habita la esclavitud. También disiento de Posidonio cuando piensa que las herramientas mecánicas fueron inventadas por los sabios.

(11) Porque del mismo modo podía decirse que por los sabios

Entonces se inventó cazar las fieras con lazos y engañarlas con el cebo, y rodear con perros los grandes bosques.

Todo esto lo encontró la sagacidad de los hombres, no la sabiduría.

(12) También discrepo de que fueran los sabios quienes descubrieran las minas de hierro y bronce, cuando al quemarse la tierra con el incendio de los bosques afloraron las venas del material fundido; descubren estas cosas quienes las honran.

[13] Ni me parece tan sutil como a Posidonio la cuestión de si se usó primero el martillo que las tenazas. Uno y otras los inventó alguien de ingenio despierto, agudo, no grande, ni elevado; como todo cuanto haya que buscarse con el cuerpo encorvado y el ánimo mirando al suelo. El sabio tuvo una manera de vivir fácil. ¿Cómo no? También en nuestro tiempo desea estar muy desembarazado.

(14) ¿Cómo concuerda, te lo ruego, que admires a Diógenes y a Dédalo? ¿Cuál de ellos te parece sabio? El que inventó la sierra o aquel que, viendo a un muchacho beber agua con el hueco de la mano, al momento rompió la copa que sacó de la alforja y se hizo esta reprensión: “Necio de mí, ¡cuánto tiempo he llevado cargas inútiles!”, y se dobló en un tonel y durmió en él.

(15) ¿Quién piensas que hoy es más sabio, el que encontró cómo arrojar a gran altura el perfume de azafrán por tubos ocultos, el que llena y vacía los canales con la súbita presión del agua y ensambla los techos móviles de modo que un

aspecto suceda al otro y los techos se cambien tantas veces como los platos, o el que demuestra a los otros y a sí mismo que nada nos ha impuesto la naturaleza duro y difícil, que podemos tener habitaciones sin el marmolista y el artesano, que podemos vestirnos sin el comercio de sedas, que podemos tener lo necesario para nuestros usos si nos contentamos con lo que la tierra puso en su superficie? Si quisiera oírlo el género humano, sabría qué tan superfluo es el cocinero como el soldado.

(16) Sabios fueron o parecidos a los sabios los que se embarazaban del cuidado del cuerpo. Las necesidades se satisfacen con poco cuidado; los placeres son laboriosos. Sigue a la naturaleza y no necesitarás artistas. No quiso ella ponernos en aprieto. Nos proveyó para todo aquello a que nos obligaba. “El frío es intolerable para el cuerpo desnudo”. ¿Pues qué? ¿acaso las pieles de las fieras y de otros animales no pueden bastante y abundantemente defendernos del frío? ¿Acaso no hay muchos pueblos que cubren sus cuerpos con las cortezas de los árboles? ¿No tejen las plumas de las aves para hacer vestidos? ¿Acaso aún hoy una gran parte de los escitas no se visten con pieles de zorras y ratas, que son suaves al tacto e impenetrables a los vientos?

(17) “Pero es necesario librarse del calor del sol de verano con una sombra más espesa”. ¿Pues qué? ¿Es que la antigüedad no nos dio muchos lugares, excavados o por injuria del tiempo o por cualquier incidente, que se convirtieron en cavernas? ¿Pues qué? ¿No entretejieron con la mano cañizos, los unta-

ron con vil barro, después cubrieron el techo con paja y otro follaje silvestre, y mientras la lluvia resbalaba por la pendiente pasaban seguros el invierno? ¿Pues qué? ¿No se guarecen en cuevas los pueblos de las Syrtes, que por los excesivos ardores del sol no tienen para repeler el calor ninguna defensa s lida sino la misma ardiente tierra?

(18) No fue la naturaleza tan enemiga que, habiendo dado a todos los otros animales una vida fácil, sólo el hombre no pueda vivir sin tantas artes. Ninguna nos fue mandada por ella; ninguna ha de buscarse trabajosamente para que pueda alargarse la vida. Lo tenemos todo preparado al nacer; pero nos lo hemos hecho todo difícil por el cansancio de lo fácil. Techos, vestidos, remedios, alimentos y cuanto ahora se nos ha convertido en un gran problema eran cosas obvias, gratuitas y disponibles con poco trabajo. Porque el límite de todo era lo que exigía la necesidad; nosotros hemos hecho estas cosas preciosas, admirables, que han de conseguirse con muchas y grandes artes.

(19) Basta la naturaleza para lo que ella pide. De la naturaleza se apartó el lujo, que cada día se excita más a sí mismo y crece con el tiempo y con el ingenio ayuda a los vicios. Primero empezó a desear lo superfluo, de ahí lo contrario, últimamente sometió el ánimo al cuerpo y le mandó servir a su libido. Todas esas artes que andan por la ciudad y la llenan de estrépitos trabajan al servicio del cuerpo, al cual antes se le prestaban todas las cosas como a un siervo y ahora se le preparan como a un señor. Así es que de un lado hay fábricas de tejidos, de otros talleres de artesanos, por aquí los olores de

los que están guisando, por allí la molicie de los que enseñan los suaves movimientos del cuerpo y las canciones muelles y afectadas. Porque se alejó aquella moderación natural que limita los deseos a lo necesario; ahora es de rústicos y miserables contentarse con lo que basta.

(20) Es increíble, mi querido Lucilio, con qué facilidad la dulzura de la palabra aparta de la verdad hasta a los grandes hombres. Ahí tienes a Posidonio, que a mi parecer es uno de los que más han aportado a la filosofía, el cual cuando quiere describir primeramente cómo se tuercen unos hilos y se recogen otros caídos y sueltos; después, cómo la tela con unos pesos colgantes extiende la recta urdimbre, y cómo al tejido, que al insertarse debilita la resistencia de la trama comprimida de un lado y otro, se le obliga con el peine a mezclarse y unirse, dice que también el arte de tejer fue inventada por los sabios, olvidándose de que después fue descubierto un sistema más complicado, en el cual

La tela se ata a un yugo; el tejido lo divide la lanzadera
que se inserta en medio de la trama por unas pías agudas,
y los separados dientes de un ancho peine lo van peinando.

¿Qué diría si le hubiese acaecido alcanzar las telas de nuestro tiempo con las que se hacen vestidos que no tapan nada, y no digo ya al cuerpo, pero ni siquiera al pudor auxilian en nada?

(21) Pasa después a los agricultores, y no menos elocuentemente describe el suelo hendido una y otra vez por el arado

para que más suelta. la tierra se abra más fácilmente a las raíces; luego las semillas esparcidas al voleo y las hierbas arrancadas a mano para que no crezca nada fortuito y salvaje que dañe a la mies. También dice que esto es obra de los sabios, como si ahora los labradores no hubiesen encontrado muchas cosas nuevas con las que se aumenta la fertilidad de la tierra.

(22) Después, no contentándose con estas artes, rebaja al sabio al nivel del panadero. Porque cuenta cómo imitando a la naturaleza empezó a hacer pan. Dice: “Una vez el grano en la boca, lo quebranta con la dureza de los dientes encajando los unos en los otros; lo que escapa, lo vuelve la lengua a los mismos dientes; entonces se mezcla para que más fácilmente pase por la garganta resbaladiza. Cuando llega al vientre se cuece con su calor igual y entonces por fin lo asimila el cuerpo.

(23) Siguiendo alguien este ejemplo, colocó dos piedras toscas la una sobre la otra, a semejanza de los dientes, de las cuales la una inmóvil espera el movimiento de la otra; después con la presión de ambas se trituran los granos, que vuelven una y otra vez a las muelas hasta que triturados muchas veces se reducen a polvo. Entonces roció la harina con agua, le dio forma a fuerza de amasarla e hizo el pan, que primero coció con ceniza caliente y ladrillos ardiendo, después en los hornos que poco a poco se descubrieron, y con otros medios cuyo calor se acomodase a su arbitrio”. No faltó mucho para que dijera que también los sabios habían inventado cómo se hacen los zapatos.

(24) Todas estas cosas las encontró la razón, pero no la recta razón. Son invenciones del hombre y no del sabio, como, a

fe mía, las naves con que atravesamos los ríos y los mares con velas dispuestas para recibir el impulso de los

vientos y con timones colocados a la popa que tuerzan hacía un lado u otro el rumbo del navío. Fue tomado el ejemplo de los peces que se gobiernan con la cola, y con su ligero movimiento hacía un lado y otro regulan su velocidad.

(25) “Todas estas cosas, dice Posidonio, las halló el sabio, pero siendo pequeñas para que él se ocupara de ellas, se las entregó a ministros más bajos”. Pero no fueron inventadas por otros distintos de los que hoy cuidan de ellas. Sabemos que algunas han surgido en tiempos de que tenemos memoria, como el uso de vidrios que transmiten la clara luz por una masa transparente, como los baños abovedados y las tuberías embutidas en la pared que difunden el calor alrededor de modo que el piso bajo y el alto se calienten a la vez igualmente. ¿Qué decir de los mármoles con que resplandecen los templos y las casas? ¿Qué de esas moles de piedras redondeadas y pulidas sobre las que se asientan pórticos y techos capaces de recibir a pueblos enteros? ¿Qué de la escritura de las palabras por la que, aunque se hable muy de prisa, la mano sigue la celeridad de la lengua? Inventiones son todas éstas de los esclavos más viles;

(26) la sabiduría tiene su asiento más alto, ni adiestra las manos, sino que es maestra de los ánimos. ¿Quieres saber lo que ha descubierto, lo que ha hecho? No los hermosos movimientos del cuerpo, ni las diversas notas de las trompetas y flautas que recibiendo el aliento a la salida o a la entrada

lo transforman en voz. No fabrica ni armas, ni muros, ni útiles de guerra, pues fomenta la paz y llama a la concordia al género humano.

(27) No hace, repito, instrumentos necesarios para los usos cotidianos. ¿Por qué le asignas cosas tan pequeñas? Mírala como artífice de la vida. Tiene ciertamente bajo su dominio a las otras artes. Pues a quien sirve la vida, sirven también las artes que la adornan; pero ella tiende al estado feliz, a él guía y hacia él abre caminos.

(28) Manifiesta lo que es malo y lo que lo parece, despoja a las mentes de vanidad, da la grandeza sólida y reprime la inflada y la vanamente vistosa, no deja que se ignore la diferencia que hay entre la grandeza verdadera y la hinchada, y da noticia de toda la naturaleza y de ella misma. Declara qué y cómo son los dioses, qué los infiernos, qué los lares y los genios, qué las almas perpetuadas en la segunda forma de divinidades, en donde están, qué hacen, qué pueden, qué quieren. Esta es su iniciación por la cual nos abre no una urna aldeana, sino el vasto templo de todos los dioses, el mundo mismo, cuyo verdadero aspecto y cuyas representaciones verdaderas da a ver a las mentes. Pues para tan gran espectáculo está embotada la vista.

(29) De ahí vuelve a los principios de las cosas y a la eterna razón infundida en el todo y a la virtud seminal que configura propiamente a cada cosa. Entonces empieza a investigar del alma, de dónde viene, dónde está, cuánto dura, en qué partes se divide. Después se traslada de los cuerpos a lo incorpóreo y

analiza su verdad y sus argumentos; luego, cómo se disciernen las ambigüedades de la vida y de la palabra, pues en ambas la verdad se mezcla con el error.

(30) Digo que el sabio no se apartó, como le parece a Posidonio, de estas artes, sino que nunca se llegó a ellas. Porque juzgó que no merecía inventarse nada de lo que él creía que no había de usarse perpetuamente. No tomaba lo que había de dejar.

(31) “Anacarsis -dice Posidonio- inventó el torno del alfarero que al dar vueltas forma las vasijas”. Después, como en Homero se encuentran ya los tornos del alfarero, prefirió dar por falsos los versos y no la fábula. Yo pretendo que Anacarsis no fue el inventor de este utensilio, y si lo fue, lo inventó ciertamente un sabio, pero no en cuanto sabio, como los sabios hacen muchas cosas en cuanto que son hombres y no porque sean sabios. Imagínate que un sabio corre muy velozmente; adelantará a todos en la carrera en cuanto que es veloz y no en cuanto que es sabio. Desearía presentar a Posidonio un vidriero que con un soplo da al vidrio muchas formas apenas moldeables por la mano más cuidadosa. Esto fue inventado después que dejamos de descubrir la sabiduría.

(32) Posidonio arguye: “Demócrito inventó, según se dice, el arco en el que la curvatura de las piedras inclinadas paulatinamente se sostiene con la piedra clave”. Diré que esto es falso, porque por fuerza hubo antes que Demócrito puertas y puentes, que casi siempre se curvan por arriba.

(33) Se os fue de la memoria que el mismo Demócrito encontró cómo se ablanda el marfil, cómo se convierte por

la cocción un guijarro en esmeralda, cochura con que todavía hoy se coloran las piedras adecuadas para esto. Aunque el sabio haya inventado todo esto, no lo inventó en cuanto que era sabio, porque hace muchas cosas que vemos que las hacen igualmente los más ignorantes o con más pericia o con más facilidad que él.

(34) ¿Preguntas lo que el sabio ha investigado, lo que ha sacado a luz? Primeramente, lo verdadero y la naturaleza, a la que no siguió, como los otros animales, con ojos tardos para lo divino. Después, la ley de la vida, a la que dirigió conforme a principios universales, y enseñó no solamente a conocer sino a seguir a los dioses y a aceptar lo que sobrevenga como si fuera mandado. Prohibió obedecer opiniones falsas y estimó con verdad cuánto cada cosa vale. Condenó los placeres mezclados con arrepentimiento y alabó los bienes que siempre agradan, e hizo público que el hombre más feliz es el que no necesita la felicidad y el más poderoso el que se domina a sí mismo.

(46) ¿Qué hay, pues, que concluir? Eran inocentes por la ignorancia de las cosas. Hay mucha diferencia entre que alguien no sepa o no quiera pecar. Les faltaban la justicia, la prudencia, la templanza y la fortaleza. Aquella vida tosca tenía cosas semejantes a todas estas virtudes; la virtud no recae sino en un ánimo instruido y enseñado y conducido a la cumbre por un ejercicio continuo. Nacemos ciertamente para esto, pero sin esto y hasta en los mejores, antes de que los enseñes, está la materia de la virtud, pero no la misma virtud. Ten salud.

9. Epicteto

Enquiridión

Epicteto (del 50 al 121 d. C.) tiene como su fuente principal a su estudiante Flavio Arriano. Se dice del primero que fue esclavo en una parte de su vida. Al repasar su filosofía, nos queda claro que la libertad es el fundamento de su pensamiento. Libertad entendida, no en sentido contemporáneo, sino, más bien, como la capacidad de dominar las pasiones para que no se conviertan en un obstáculo para la vida de los seres humanos. Seguramente esto lo habría aprendido Epicteto de su preceptor Musonio Rufo, quien también le habría mostrado la enseñanza como una de las vías de la práctica de la filosofía.

El texto que presentamos a continuación es, en la tradición del *Protréptico* aristotélico, una formulación novedosa para acercarse a la vida contemplativa. La búsqueda de la felicidad no es un tema más de la filosofía, esta investigación se convierte en Epicteto en el fin último de la vida. A través de

la virtud, del cuidado del alma, del ejercicio de la libertad, el ser humano puede acceder a una vida acorde con la razón, la vida moral y su impacto en la vida diaria y social.

El texto de Epicteto muestra que no debe, en ninguna circunstancia, considerarse a la filosofía únicamente como un artefacto teórico sin implicaciones vitales. La filosofía es un remedio para la existencia, es la guía bajo la cual debemos considerar nuestras acciones cotidianas. De ahí que el texto del filósofo estoico se convierta en un *manual* para la vida.

Texto:

Epicteto. (2017). *Manual y Máximas*. México: Porrúa, (pp. 1-19).

9. Epicteto

Enquiridión

I

Hay ciertas cosas que dependen de nosotros mismos, como la opinión, la inclinación, los deseos, la aversión y, en una palabra, todas nuestras operaciones. Otras hay también que no dependen, como el cuerpo, las riquezas, la reputación, los imperios y, finalmente, todo aquello que no es de nuestra operación.

II

Lo que depende de nosotros es libre por su naturaleza, y no puede ser impedido ni forzado de ningún hombre, y, al con-

trario, lo que no depende de nosotros es servil, despreciable y sujeto al ajeno poder.

III

Acuérdate, pues, que si juzgas por libre y tuyo lo que de su naturaleza es servil y sujeto al poder ajeno, hallarás muy grandes inconvenientes, y te verás confuso en todos tus designios y expuesto a mil molestias, y al fin acusarás a los dioses y a los hombres de tu infortunio. Y si, al contrario, creyeres ser tuyo solamente lo que de verdad te pertenece y supieres considerar como externo o extranjero lo que en efecto lo es, cierto que nada será capaz ni bastante para desviarte de lo que te hayas propuesto hacer; que no emprenderás cosa alguna que te pese; que no acusarás a nadie, ni murmurarás; que ninguno te ofenderá; que no tendrás enemigos, ni padecerás jamás un mínimo displacer.

IV

Si deseas, pues, tan grandes bienes, sabe que no basta desearlos tibiamente para obtenerlos, sino que te conviene evitar del todo algunas cosas y privarte de otras por algún tiempo. Porque si (no contento con el que posees) tienes ambición de entrar en cargos y de amontonar riquezas, acuérdate que perderás absolutamente los medios verdaderos de granjear la libertad y la felicidad; y también podrá ser que quedes frustrado de lo que pretendes con tanta pasión.

V

Cuando se te ofrece algún objeto enojoso, acostúmbrate a decir en ti mismo que no es lo que parece, sino pura imaginación. Luego que hayas hecho esta reflexión, examina el objeto por las reglas que ya tienes para ello. Considera si es cosa que depende de ti; porque si no depende, dirás que no te toca.

VI

Advierte que el fin del desear es obtener lo que se desea, y el fin de la aversión es huir de lo que se pretende evitar. Y como es desdichado el que se ve frustrado de lo que desea, así es miserable el que cae en lo que más piensa evitar. Por lo cual, si tienes aversión solamente de lo que depende de ti (como las falsas opiniones), asegúrate que no caerás jamás en lo que aborreces. Pero si tienes aversión de lo que no depende de ti (como son las enfermedades, la muerte y la pobreza), no dudes que serás miserable, pues que no las puedes evitar, y que has de caer infaliblemente en ellas.

VII

Si quieres ser dichoso, nunca repugnes a lo que no depende de ti; mas transfíere tu odio contra lo que resiste a la naturaleza de las cosas que dependen de tu voluntad. Además de esto, no desees por ahora nada con pasión; porque si desees cosas que no dependen de ti, es imposible que no te veas frustrado; y si desees las que de ti dependen, advierte que no estás bastante instruido de lo que es necesario para desearlas

honestamente. Por lo cual, si quieres hacer bien, acércate a ellas de manera que puedas retirarte cuando quieras. Pero todo esto se ha de hacer con medida y discreción.

VIII

El verdadero medio de no estar sujeto a turbación es considerar las cosas que son de nuestro gusto o de nuestra utilidad, o aquellas que amamos, como ellas son en sí mismas. Has de comenzar el examen por las que importan menos. Por ejemplo: cuando manejas una olla de barro, piensa que es una olla de tierra la que manejas, y que puede quebrarse fácilmente. Porque, habiendo hecho esta reflexión, si acaso se quebrare, no te causará alteración. Asimismo, si amas a tu hijo o tu mujer, acuérdate que es mortal lo que amas, y por este medio te librarás del impensado sobresalto cuando la muerte te los arrebathe.

IX

Antes de emprender alguna obra examínala muy bien. Si has resuelto ir al baño, antes de partir representate todos los inconvenientes que se siguen de ir al baño: el echarse agua los unos a los otros, el empujarse para tomar mejor lugar, el darse vayas y el perder los vestidos. No dudes que ejecutarás muy seguramente lo que emprendes si dices en ti mismo: «Quiero ir al baño, pero también quiero observar el modo de vivir que me he propuesto». Sigue esta máxima en todo lo que emprendas; porque por este medio, si te sucede algún inconveniente o alguna desgracia bañándote, te hallarás todo resuelto, y dirás:

“No he venido aquí solamente para bañarme, sino también he venido con resolución de no hacer nada contra mi modo de vivir, el cual yo no observaría si sufriese con algún pesar o displacer las insolencias que aquí se cometen”.

X

No son las cosas las que atormentan a los hombres, sino las opiniones que se tienen de ellas. Por ejemplo: la muerte (bien considerada) no es un mal; porque, si lo fuera, lo habría parecido a Sócrates como a los demás hombres. No, no; la opinión falsa que se tiene de la muerte la hace horrible. Por lo cual, cuando nos hallamos turbados o impedidos, debemos echar la culpa a nosotros mismos y a nuestras opiniones.

XI

De ignorante y brutal es el culpar a otros de las propias miserias. Aquel que a sí mismo se culpa de su infortunio comienza a entrar en el camino de la sabiduría; pero el que ni se acusa a sí ni a los demás, es perfectamente sabio.

XII

No te alabes jamás de ajenas excelencias. Si un caballo pudiese decir que es hermoso, en su boca sería tolerable. Pero cuando te alabas de tener un hermoso caballo, ¿sabes lo que haces? Te alabas de lo que no te pertenece. ¿Qué es, pues, lo que es tuyo? El uso de lo que está a tu vista. Por esta razón, si miras las cosas conforme a su naturaleza y juzgas de ellas como debes,

entonces te es permitido gloriarte en ellas, porque te alegras con un bien que posees efectivamente.

XIII

Si te hallases embarcado y el bajel viniese a tierra, te sería permitido desembarcar para buscar agua; y asimismo nadie te impediría el coger las conchuelas que te hallares en tu camino; pero te convendría tener la vista siempre en el bajel, atendiendo a cuando el piloto te llamase, y entonces sería menester dejarlo todo de miedo que no te hiciese embarcar atado de pies y manos como una bestia. Lo mismo sucede en la vida. Si Dios te da mujer e hijos, permitido te es amarlos y gozar de ellos. Pero si Dios te llama, conviene dejarlos sin más pensar, y correr ligeramente a la nave. Y si ya eres viejo, guárdate de alejarte y de no estar prevenido cuando seas llamado.

XIV

Nunca pidas que las cosas se hagan como quieres; mas procura quererlas como ellas se hacen. Por este medio todo te sucederá como lo deseas.

XV

La enfermedad es un impedimento del cuerpo, no de la voluntad. Por ejemplo: el ser cojo impide a los pies de andar, mas no embaraza la voluntad de hacer lo que ella quiere, si emprende tan solamente lo que puede efectuar. De esta misma manera

puedes considerar todas las cosas que suceden y conocerás que a ti no te embarazan, aunque impiden a los demás.

XVI

En todo lo que te sucediere, considera en ti mismo el medio que tienes de defenderte. Por ejemplo: si ves una hermosa mujer, advierte que tienes la templanza, que es un poderoso medio para oponer a la hermosura. Si estás obligado a emprender algún trabajo penoso, recurre a la paciencia. Si te han hecho alguna injuria, ármate de la constancia, y si te acostumbras a obrar de esta manera siempre, nunca los objetos tendrán poder sobre ti.

XVII

Nunca digas que has perdido alguna cosa, sino siempre di que la has restituido. Cuando tu hijo o tu mujer murieren, no digas que has perdido tu hijo o tu mujer, sino que los has restituido a quien te los había dado. Pero cuando se nos haya quitado alguna heredad, ¿habremos de decir también que la hemos restituido? Puede ser que pienses que no, porque el que te ha despojado de ella es un hombre malvado, como si a ti te tocara, por cuya mano vuelve tu posesión a quien te la dio. Por lo cual conviene que mientras la tienes a tu disposición la tengas por extraña, no haciendo más caso de ella que el caminante hace de las posadas en que se aloja.

XVIII

Si quieres adelantar en el estudio de la virtud, aparta del entendimiento estos pensamientos: “Si no tengo cuidado de mis negocios, no tendré con qué subsistir; si no castigo a mi hijo, saldrá malo”. Advierte que vale más morir de hambre y conservar la grandeza del ánimo y la tranquilidad del espíritu hasta los postreros suspiros, que vivir en la abundancia con un alma llena de inquietud y de tormento. Advierte, te digo, que vale más sufrir que tu hijo salga malo que hacerte tú mismo desdichado. Al fin, el sosiego del espíritu se ha de preferir a todo; mas para tenerlo es menester que desde luego te ensayes en las cosas menores. Por ejemplo: si se derrama tu aceite o te roban el vino de tu cueva, haz esta reflexión y di en ti mismo: “A este precio se compra la tranquilidad y la constancia”. En efecto, nada se adquiere de gratis, y necesariamente nos ha de costar alguna cosa. Haz lo mismo cuando llamas a tu criado; piensa que no está pronto a tu voz, y que cuando lo esté, puede ser que no haga nada de lo que deseas que haga. Sea lo que fuere, no permitas jamás que tenga el poder de enojarte y de turbarte el espíritu cuando él quiera.

XIX

No se te dé nada de que el pueblo te tenga por extravagante porque desprecias las cosas exteriores, ni tampoco afectes el parecer hombre suficiente. Si por suerte sucede que se haga algún caso de ti, desconfía entonces de ti mismo. Porque es extremadamente difícil el dejarse llevar de lo exterior y con-

servar en sí una resolución conforme a la naturaleza y modo de vivir que te has propuesto; y no puede ser que se haga lo uno sin olvidar lo otro.

XX

Si quieres que tus hijos, tu mujer o tus amigos vivan siempre, has perdido el entendimiento. Porque es querer que dependa de ti absolutamente lo que no depende en manera alguna, y que lo que es ajeno te pertenezca. Asimismo, si pretendes que tu hijo no cometa falta alguna, también eres ridículo, porque quieres que el vicio no sea vicio. Por lo cual, si tienes gana de no ser jamás frustrado en tus deseos, no desees sino aquello que depende de ti.

XXI

Verdaderamente es dueño de todas las cosas el que tiene poder de retener las que quiere y de desechar las que le disgustan. Cualquiera, pues, que tenga deseo de ser libre de esta suerte, conviene que se acostumbre a no tener deseo ni aversión alguna de todo lo que depende del poder ajeno. Porque, si obra de otra manera, caerá infaliblemente en la servidumbre.

XXII

Acuérdate que debes comportarte en la vida como en un banquete. Si se pone algún plato delante de ti, puedes meter la mano y tomar honestamente tu parte; si sólo pasa por delante de ti, guárdate bien de detenerlo o de meter la mano en él

temerariamente: antes, espera apacible a que vuelva a ti. Lo mismo debes hacer para con tu mujer, tus hijos, las dignidades, las riquezas y todas las otras cosas de este género. Porque por este medio te harás merecedor de comer a la mesa de los dioses. Empero, si eres tan generoso que rehúses también lo que te presentan, no solamente serás digno de comer a la mesa de los dioses, sino que merecerás tener parte en su poder. Diógenes y Heráclito fueron reputados por hombres divinos (como lo eran en efecto) por haber obrado de esta manera.

XXIII

Cuando veas suspirar a alguno porque su hijo partió de su casa, o por haber perdido lo que poseía, no te dejes vencer de este objeto ni te imagines que aquél sea efectivamente desdichado por la pérdida de estas cosas extrañas; pero haz de ti mismo esta distinción y di luego: “No es este accidente el que aflige a este hombre, pues que no toca a otros muchos; lo que le atormenta es la opinión que ha concebido”. Consecutivamente, haz todo lo posible para desengañarle y sanarle de esta mala opinión. Y asimismo fingirás estar triste y compadecerte de su aflicción si lo juzgas a propósito. Mas guárdate, sobre todo, que, fingiéndolo, no te entristezcas efectivamente en tu corazón.

XXIV

Acuérdate que conviene que representes la parte que te ha querido dar el autor de la comedia. Si es corto tu papel, representale corto; y si largo, representale largo. Si te manda hacer

el papel de pobre, hazle naturalmente lo mejor que pudieras. Y si te da el de príncipe, el de cojo o el de un oficial mecánico, a ti te toca el representarlo y al autor el de escogértele.

10. Jámblico

Exhortación a la filosofía

Jámblico de Calcis (circa 250 al 325 d. C.) fue discípulo del gran filósofo neoplatónico Porfirio. Al separarse de su maestro, enseñó en Siria con cierto éxito. Se rodeó de buenos alumnos y tuvo fama bajo el mandato del emperador Juliano. Sabemos algo del filósofo gracias a Eunapio de Sardes. Es seguro que tuvo como discípulos a Sópatro de Apamea y a Dexipo. Hizo escuela y sus escritos fueron estudiados, pero también sufrió rechazo.

El texto que se transcribe a continuación es, como el conjunto de esta parte de la presente antología, un exordio filosófico de interés para los lectores actuales, dado que nos proporciona las reglas, como diría siglos más tarde Descartes, de la correcta dirección del espíritu. Jámblico fue un pitagórico convencido de las teorías metafísicas del filósofo presocrático. La filosofía ayuda a gobernar las acciones de acuerdo con el uso correcto del intelecto.

El bello libro de Jámblico, *Protréptico o Exhortación a la filosofía*, pertenece a un proyecto más amplio, llevado a cabo por el filósofo, sobre las doctrinas pitagóricas. De corte aristotélico, como sabemos, lo que sostiene este pasaje es una clara proclamación de principios que tienen como fundamento el mejoramiento del alma del ser humano y el uso de la filosofía como forma de vida.

Texto:

Jámblico. (2020). *Exhortación a la filosofía*. México: UNAM, (passim).

10. Jámblico

Exhortación a la filosofía

1. ¿Cuál es, según Pitágoras, el principio que nos introduce en la educación y en la filosofía; en qué sentido se trata de una introducción muy general y se extiende a todos los bienes que llevan a la filosofía; cómo es su estructura, la cual se divide en tres partes, y cómo dicha introducción siempre avanza hacia lo más puro?

En el tratado anterior, hemos hablado lo suficiente acerca de Pitágoras, del estilo de vida que prescribía y de los pitagóricos. Comenzamos a continuación el sistema de sus principios filosóficos partiendo de la preparación común a

cualquier propedéutica, enseñanza y virtud; esta preparación no hace al hombre apto para alguna de todas sus ocupaciones, separándolas en partes, sino, para decirlo brevemente, exhorta sus deseos hacia todas las enseñanzas, todas las ciencias, todas las acciones bellas y nobles de la vida, todos los modelos de educación y, en una palabra, hacia todo cuanto participa de lo bello. Porque sin exhortar, no es posible motivar hacia las ocupaciones bellas y nobles; ni es posible disponer a alguien rectamente hacia el bien más alto y más perfecto, antes de haber preparado de antemano su alma por medio de la exhortación. Pero, así como el alma avanza poco a poco hacia lo más grande a partir de lo más pequeño, atraviesa todo lo bello y, al final, encuentra los bienes más perfectos, de la misma manera es necesario que la exhortación avance sistemáticamente, comenzando a partir de lo común.

En consecuencia, la exhortación simplemente incitará hacia la filosofía y hacia el filosofar mismo, en conjunto, sin importar la tendencia filosófica, ya que no prefiere abiertamente a ninguna de las escuelas, sino que las alaba conjuntamente a todas en general, y las exalta sobre otras ocupaciones humanas, mediante un procedimiento de exhortación común y popular. Después de esto, debe usarse algún método intermedio: ni enteramente popular ni, por cierto, abiertamente pitagórico, y, sin embargo, no por completo separado de estos dos procedimientos; en este colocaremos motivaciones comunes a cualquier filosofía, de modo que, al menos en este nivel, se distingan del proyecto pitagórico; sin embargo, también

combinaremos con oportunidad las opiniones más importantes de los pitagóricos, para que se nos vuelva familiar el modo de vivir de estos hombres y, por consiguiente, el estilo de sus discursos. A partir de aquí, entonces, nos separaremos imperceptiblemente, como conviene, de las nociones exotéricas, haremos un giro y nos familiarizaremos con las demostraciones técnicas de su escuela, subiendo, como por un puente o escalera, desde abajo hacia la cima. Al final, presentaremos ordenadamente las exhortaciones propias de la escuela pitagórica, que son extrañas y, en cierto modo, secretas, en comparación con las otras tendencias filosóficas.

Exhortaciones propiamente pitagóricas que superan con mucho a las invitaciones de otros filósofos y abren vías que les son propias.

A continuación, hay que utilizar las divisiones pitagóricas mismas para exhortar. Porque, muy hábil y perfectísimamente, y, con respecto a las otras filosofías, inusitadamente, los miembros de esta escuela, siguiendo las enseñanzas de Pitágoras, dividían su discurso para la incitación a la filosofía, ingeniosamente reforzándolo y afianzándolo con las más científicas demostraciones que no arrastran ninguna inconsecuencia. Son las siguientes:

I Todos los hombres queremos ser felices, y somos felices, si disponemos de muchos bienes. En cuanto a los bienes, unos están en el cuerpo, de modo que este se encuentra bien

hecho en cuanto a la proporción natural, a la combinación de los humores y a la fuerza. Otros consisten en lo externo, como linajes nobles, riquezas y honras en la propia patria. Otros se refieren al alma, como ser temperado, justo, valiente y, principalmente, ser sabio. Junto con estos, no es de poca importancia que también el éxito contribuya a las acciones correctas, ya porque viene de la sabiduría, ya porque tiene incluso en sí mismo cierta fuerza propia. Sin embargo, no seríamos felices inmediatamente por la presencia de los bienes, si en nada nos aprovecharan; y en nada nos aprovecharán, si sólo los tuviéramos, pero no los usáramos. En efecto, nada, si no se usa, aprovecha simplemente por la posesión; si alguien poseyera las riquezas y los bienes de que hablábamos hace un momento, pero no los usara, no podría ser feliz por la sola posesión de esos bienes. Es preciso, por tanto, que quien quiere ser feliz no sólo posea tales bienes, sino que los use, o no obtendrá ningún provecho de su posesión. Sin embargo, tampoco basta con sólo usarlos, sino es preciso que se añada: usarlos correctamente. Porque lo nocivo es mayor cuando alguien usa incorrectamente cualquier cosa, que si renuncia a usarla: lo primero es malo; lo segundo, ni malo ni bueno.

Ahora bien, tanto en el uso como en toda elaboración de cualquier producto, la ciencia proporciona el uso correcto; y acerca de la utilidad de los bienes que mencionábamos al principio, de la riqueza, de la salud y de la belleza, la ciencia es la que guía el uso correcto de todas esas cosas, y la que adecúa la acción. La ciencia proporciona a los hombres no sólo

el éxito, sino también el obrar correctamente con respecto a cualquier posesión o acción, y ningún provecho hay de las otras posesiones sin prudencia y sabiduría. ¿Qué utilidad hay en que quien no tiene intelecto, en lugar de pocas cosas, posea muchas, y muchas cosas haga? ¿No acaso falla menos quien actúa menos, y no fallando menos, menos actuar a mal, y no, menos actuando mal, ser a menos desdichado? Es necesario estar de acuerdo con estos postulados, es decir, en que quien posee los mencionados bienes sin intelecto, hará que los males sean más, pero el que está en la situación contraria, hará que sean menos. Resumiendo: en cuanto a todas las cosas que anteriormente afirmamos que eran bienes, no parece, por tanto, que el argumento afirme que sean buenas en sí mismas por naturaleza, sino, según parece, quiere decir lo siguiente: si las guía la ignorancia, ellas son un mayor mal que sus contrarios, en cuanto que son las más capaces de servir a un mal guía, pero si las dirigen la prudencia y la sabiduría, son el mayor bien; ninguna de ellas, en sí misma, es digna de nada.

Así pues, sólo la sabiduría es un bien, y la ignorancia, un mal. Por lo tanto, ya que todos anhelamos ser felices, y parece que lo somos por usar las cosas y por usarlas correctamente, y ya que la ciencia es la que proporciona el uso correcto y el éxito, es necesario, como parece, que todo hombre está dispuesto, por cualquier medio, a ser lo más sabio posible, pues de todo lo que existe sólo esta virtud hace feliz y afortunado al hombre. Por tanto, es necesario que filosofen los que quieren ser felices, y la filosofía es deseo y posesión de la ciencia, pero

no de la ciencia que sólo proporciona los bienes aparentes, ni de la que los produce, pero no sabe usarlos. Se necesita una ciencia en la cual concurran al mismo tiempo el producir, el conocer y el usar lo que se produce.

Ahora bien, si todas las otras ciencias son procuradoras de bienes y algunas están a la caza de ellos, pero sólo la justicia perfecta y la prudencia proporcionan a cada uno el debido uso y lo refieren al intelecto guía, sería necesario esforzarse por conseguir esta ciencia. Pues ella también tiene el contemplarse y el juzgarse a sí misma, y tiene los principios del correcto uso de los bienes, por el cual, si lo hubiéramos encontrado, pasaríamos bellamente la vida que nos queda. Algo semejante es la vía exhortativa a partir de la primera división.

VI También nos acercamos perfectamente al mismo objetivo, a partir de la siguiente división:

Tres formas del alma están establecidas en nosotros, en tres partes: primera, con la que razonamos; segunda, con la que nos airamos; tercera, con la que deseamos. Cada una de ellas tiene sus movimientos. Cuando una de ellas se mantiene en reposo y guarda la tranquilidad de sus propios movimientos, se hace necesariamente muy débil, y otra, con ejercicios, se hace muy fuerte; por esta razón hay que vigilarlas, para que tengan entre ellas los movimientos adecuados. Debemos ejercitar primordialmente la forma más excelsa del alma, la que dios entregó a cada uno como demonio, y que nos eleva desde la tierra hacia la familia que está en el cielo, como si no fuéramos criaturas

terrestres, sino celestes. Ahora bien, el que se afana en los deseos y en los conflictos, y se esfuerza demasiado en ellos, necesariamente tendrá puras opiniones mortales, y absolutamente, en cuanto es muy posible, será mortal, y no carecerá de esto en lo más mínimo, puesto que ha incrementado tales cualidades. Pero el que se afana en el amor al conocimiento y en los verdaderos conocimientos, y el que está ejercitado en esto más que en las riquezas, muy necesariamente pensará en lo inmortal y en lo divino, siempre que se aferre a la verdad; y, a su vez, en cuanto la naturaleza humana permite participar de la inmortalidad, no perderá ninguna de estas cualidades, y, entonces, puesto que siempre cuida lo divino y siempre tiene bien ordenado al demonio que cohabita con él, será especialmente feliz. Entonces, el único cuidado que todos deben tener de toda forma del alma es dar a cada una los alimentos y movimientos propios; y los pensamientos y las revoluciones del todo son movimientos afines a lo que hay de divino en nosotros. Por tanto, es preciso, entonces, que cada uno de nosotros, siguiendo estos movimientos y examinando atentamente las armonías y las revoluciones del todo, rectifique en su cabeza los periodos que se alteraron en el nacimiento. Es necesario que cada quien asemeje lo pensante a lo pensado, de acuerdo con su naturaleza original, y que, después de haberlo asemejado, tenga, para el tiempo presente y el futuro, la plenitud de la vida óptima, propuesta a los hombres por los dioses.

Porque, entonces, no sirve de nada nutrir bien y fortalecer al monstruo multiforme, es decir al deseo; ni es conveniente

alimentar al león, es decir, a la ira, y a lo relacionado con ese león, y fortalecerlo en nosotros, y, por el contrario, al hombre como es la razón, matarlo de hambre y debilitarlo, de manera que sea arrastrado por dondequiera que lo conduzca cualquiera de aquellas criaturas, en lugar de acostumbrar uno al otro y de hacerlos amigos. Pero, más bien, hay que hacer señor de la criatura policéfala al hombre divino que está en nosotros, para que alimente y domestique las formas dóciles de los deseos, e impida que las salvajes crezcan, haciendo su aliada a la naturaleza de la ira, y preocupándose en común de todas las formas del alma, habiéndolas hecho amigas unas de otras y de sí mismo, las alimentará de esa manera. El que es así, será el óptimo en todo, pero el que es lo contrario, no tiene nada saludable.

Lo bello se manifiesta en el hombre que es de tal manera (pues en él, lo feroz de la naturaleza se subordina a lo divino), y lo feo, en el que es lo contrario, pues en este caso, lo dócil es esclavizado por lo salvaje, y lo más noble, por lo más miserable; lo más divino en él, por lo más ateo y abominable, y ofende a su propia alma. También por eso, desde antiguo, se vitupera el libertinaje, porque en este hombre lo concupiscible se libera más de lo que conviene. También se vituperan la terquedad y el malhumor, cuando la ira se incrementa y se intensifica desmedidamente. La molicie, por el relajamiento del individuo, se vitupera cuando infunde en él la cobardía. La adulación y el servilismo molestan, cuando alguien pone lo irascible bajo la disposición de la fiera turbulenta, y lo irascible,

denigrado por la riqueza y el deseo insaciable de aquella fiera, se acostumbra a ser, desde la juventud, mono en vez de león. También, por esta razón, es evidentemente malo todo lo que debilita a la mejor forma que está en nosotros.

Así pues, únicamente seremos felices, si somos gobernados por lo divino y prudente. Pues guiados de esta manera, seremos, en lo posible, semejantes y amigos suyos. La ley también muestra que pretende tal objetivo, toda vez que establece la alianza de todos los que están en la ciudad. Lo mismo demuestra el gobierno sobre los niños, es decir, el hecho de que no se les permita ser libres sino hasta que establecemos en ellos, como en la ciudad, una constitución; asimismo, cuidando lo mejor de lo nuestro, contraponámosle un guardián semejante y que gobierne en él, y hasta ese momento lo dejamos libre.

Seguramente, entonces, quien tiene intelecto pasará su vida concentrando todas sus fuerzas en busca de este objetivo, honrando primero las enseñanzas que hacen hermosa su alma, y despreciando las otras; después, vivirá no solamente no confiando el estado y el alimento de su cuerpo al placer feroz e irracional, habiéndose vuelto hacia este mundo, sino tampoco mirando por su salud ni preocupándose de cómo será fuerte o sano o bello, si es que él, a partir de estas cualidades, no llega a ser también temperante. En cambio, bien estructurado, siempre mostrará la armonía de su cuerpo a causa de la sinfonía que existe en su alma, si en realidad quiere ser un verdadero músico. Entonces, tampoco incrementará hasta el infinito la medida asignada en la posesión de la riqueza,

si hacerlo le acarrea males sin fin, sino que, considerando la constitución que lleva en él mismo, vigilará que nada de su vida interior se perturbe por la abundancia o por la escasez de recursos; con este criterio, añadirá a su riqueza y gastar de ella cuanto pueda. Y ciertamente, en cuanto a cargos públicos, teniendo en cuenta ese mismo criterio, aceptará gustosamente aquellos que piense que lo harán mejor, y huirá, en público y en privado, de los que considere que disolverán el orden que existe en su vida. También es evidente que se esforzará en una única cosa, en cambiar todos los otros bienes por uno solo: por el de poseer la prudencia, y hará todo estando sometido a la posesión del intelecto. Esto no es otra cosa que filosofar, de manera que también, según esta división, los que quieren ser felices, deben, ante todo, filosofar.

Vía de exhortación hacia un filosofar perfecto y eficacísimo, a partir del hecho de que la filosofía lleva perfecta y verdaderamente hacia la felicidad

Pero si se debe inferir el deber de filosofar, no sólo a partir de las partes, sino también si se debe confirmar desde arriba, lo mismo, a partir de la felicidad entera, digamos en términos precisos que, entonces, como el filosofar se dispone con respecto a la felicidad, así también lo hace con respecto a ser algo virtuoso o vicioso para nosotros. Pues todos debemos elegir todo con respecto a la felicidad, o para la felicidad, y de las acciones, por medio de las cuales somos felices, debemos elegir

unas porque supuestamente son necesarias; otras, porque son agradables. Atribuimos, pues, la felicidad, o a la prudencia, o a alguna sabiduría, o a la virtud, o al disfrutar muchísimo, o a todo esto. Por tanto, si es prudencia, es manifiesto que vivir felizmente pertenecer a solamente a los filósofos; si es virtud del alma, o si es disfrutar, incluso así, o sólo a ellos, o a ellos mucho más que a nadie, pues la virtud es la más importante de las cosas que dependen de nosotros, y la prudencia, en comparación con cada una de ellas, es la más placentera de todas. De la misma manera, incluso si alguien dijera que todas estas mismas cosas son la felicidad, hay que definirla como pensar. De modo que deberían filosofar todos los que pueden hacerlo, porque, o sin duda pensar es vivir bien perfectamente, o, más que cualquier otra, por mencionar una sola, es causa para las almas de vivir así.

Sin embargo, porque nuestra especie está aquí quizá contra natura, es difícil que aprenda y examine cualquier cosa, y apenas podría percibirla, por causa de la incapacidad natural y por llevar una vida contra natura. Mas, si alguna vez pudiéramos ser llevados sanos y salvos de regreso al lugar de donde hemos venido, es evidente que todos lo haremos más placentera y más fácilmente. Pues ahora, separados de los bienes, pasamos la vida haciendo lo necesario, y, más que todos, los que a la mayoría parecen ser los más dichosos. Mas si emprendiéramos el camino del cielo y apoyáramos nuestra propia vida en el astro que nos corresponde, entonces nos dedicaremos a la filosofía, viviendo verdaderamente y contemplando visiones

de belleza inconcebible, fijando fuertemente con el alma los ojos en la verdad y contemplando el gobierno de los dioses, regocijados y disfrutando sin interrupción a consecuencia del contemplar, a gusto, sin aflicción alguna. De esta manera, por tanto, avanzando hacia toda felicidad, descubrimos que filosofar nos ayuda; por eso, precisamente, vale la pena participar en esa actividad como si fuera lo más excelente y lo que más nos conviene.



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
RECTOR

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda
SECRETARIO GENERAL

Mtro. Hugo Alejandro Concha Cantú
ABOGADO GENERAL

Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez
SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Dra. Diana Tamara Martínez Ruíz
SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo
SECRETARIO DE PREVENCIÓN Y SEGURIDAD UNIVERSITARIA

Mtro. Néstor Martínez Cristo
DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL



ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Dr. Benjamín Barajas Sánchez
DIRECTOR GENERAL

Lic. Mayra Monsalvo Carmona
SECRETARIA GENERAL

Lic. Rocío Carrillo Camargo
SECRETARIA ADMINISTRATIVA

Lic. María Elena Juárez Sánchez
SECRETARIA ACADÉMICA

QBP. Taurino Marroquín Cristóbal
SECRETARIO DE SERVICIOS DE APOYO AL APRENDIZAJE

Mtra. Dulce María E. Santillán Reyes
SECRETARIA DE PLANEACIÓN

Mtro. José Alfredo Núñez Toledo
SECRETARIO ESTUDIANTIL

Mtra. Araceli Mejía Olguín
SECRETARIA DE PROGRAMAS INSTITUCIONALES

Lic. Héctor Baca Espinoza
SECRETARIO DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL

Ing. Armando Rodríguez Arguijo
SECRETARIO DE INFORMÁTICA



ANTOLOGÍA DE FILOSOFÍA I

UNAM | CCH